



MORIR NO ME IMPORTA
alar benet

MORIR NO ME IMPORTA

ALAR BENET

**MORIR
NO ME IMPORTA**

Col. SERVICIO SECRETO n.º 716
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 2.369-1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: ABRIL - 1964

© ALAR BENET - 1964

'SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© JOSE CURTIELLE - 1964

SOBRE LA CUBIERTA

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964**

N. R. 7281/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL:**

En Colección METRALLA:

- 11.— El paralelo de la muerte.
- 21.— Horas de angustia.
- 24.— Resistir hasta la muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

Caminaba despacio, con la cabeza hundida entre los hombros, la mirada huidiza y un gesto extraño en el rostro.

De vez en vez, se detenía para observar en todas direcciones, como si esperase a alguien. Solo entonces sus ademanes denotaban inquietud y sus facciones se crispaban en un gesto angustioso, desesperado.

Llevaba una maleta negra en su mano derecha, una maleta cuadrada, sin ningún adorno. Los dedos se crispaban como una garra en derredor del asa de cuero.

El traje oscuro destacaba la palidez del hombre, de estatura media, no muy corpulento, de unos treinta y cinco a cuarenta años de edad a juzgar por las arrugas de su cara que se acentuaban, sobre todo, en torno a los ojos y a las comisuras de los labios.

Su aspecto no era revelador de vitalidad. Más bien parecía un ser vencido, acobardado temeroso.

En la calurosa tarde del mes de julio, cuando la ciudad de Niza, perla de la Costa Azul, se hallaba en plena temporada estival, aquel hombre, vestido de oscuro y con la maleta negra, daba la impresión de ser más una pieza de museo que un ser vivo. En derredor a él todo era alegría, aturdimiento, frivolidad, desnudez... Una mancha negra sobre un tapiz multicolor.

En el boulevard Gambetta, en las terrazas de los bares y en las aceras, había una multitud de hombres y mujeres con la tónica dominante de la ciudad durante las horas del día: Huir del calor con pocas ropas, de colores claros, ropas apropiadas para la playa o las excursiones por la costa o las colinas de Niza.

El hombre de la maleta negra era como una isla de niebla en el mar azul.

No fueron pocos los que repararon en él, en su despacioso caminar por el moderno boulevard, pero no hubo ni un solo comentario a su paso. El gran atractivo de Niza es que nadie se preocupa de nadie. Todos eran libres para aquello que se les antojara. Para ir en traje de baño por el centro de la población, para perder fortunas en el casino, para hacerse el amor más o menos impudicamente o para, como aquel hombre, vestirse de oscuro y andar por las calles luminosas de la ciudad con una maleta negra que parecía un pequeño ataúd.

¿Quién era? ¿De dónde venía? ¡Qué le importaba eso a una multitud sin otra meta que el placer!

El desconocido, sin detenerse más que breves segundos para mirar en derredor con expresión huidiza y reanudar de nuevo la marcha, atravesó

la plaza de Franklin, entre una algarabía de «cláxones» y motores de automóviles, para, ajeno a lo que no fueran sus pensamientos, no muy gratos a juzgar por la severidad de su rostro, alcanzar la avenida Thiers que bordea, por el sur, la Estación Central, en la que penetró por una de las puertas laterales, dedicada a mercancías.

Uno de los mozos del ferrocarril, que cerraba una gran verja de hierro después de haber dado paso a un camión, dijo:

—Por aquí no, señor. Está prohibido. Siga la avenida y encontrará la entrada principal.

El hombre introdujo su mano izquierda en el bolsillo lateral de la americana para sacar un arrugado billete y en no muy correcto francés, preguntó:

—¿Le parecen bien diez dólares? Tengo prisa.

—Sí, señor. Disculpe si le molesté.

El mozo se apresuró a coger el dinero y luego, rascándose la cabeza, perplejo, contempló al que le había dado tan generosa propina, sin salir de su asombro, viendo cómo se encaminaba hacia los andenes de viajeros. Una voz bronca le sacó de su estupor.

—¡Vamos! ¡Termina de cerrar!

Era el capataz, que acababa de surgir de una pequeña cabina situada junto a la puerta. El mozo se apresuró a obedecer mientras se reprochaba no haberse ofrecido a aquel caballero para llevarle la maleta. Quizá aún pudiese alcanzarle.

—Tengo el vientre descompuesto, René. Voy a... ¿Quieres ocupar mi puesto unos minutos?

—Procura no tardar, Edward. Ya he terminado el servicio y mi mujer me espera.

—Regresaré pronto.

El mozo, con paso apresurado, se dirigió hacia los andenes, repletos de público.

Poco más tarde divisaba al hombre del traje oscuro. Fue a acercarse a él, pero se detuvo, inquieto sin saber por qué al reparar en el sombrío aspecto del viajero, que acababa de pararse para secarse con un pañuelo el sudor de la frente, con la espalda apoyada en uno de los vagones y sin cesar de mirar, inquieto, asustado, en derredor.

Edward introdujo la diestra en el bolsillo del pantalón para sacar el billete y lo examinó. Sí, eran diez dólares. ¿A qué complicarse con el desconocido? ¿Y si se trataba de un enfermo contagioso, de un loco o de un delincuente? De lo que sí estaba seguro el ferroviario era de que algo le sucedía a aquel hombre. No le gustaba su actitud. Tampoco la mirada que le dirigió, al identificarle.

Si. El desconocido estaba asustado. No cesaba de mirar el gran reloj colocado en el centro del andén que en aquel momento marcaba las seis y media de la tarde.

La estación, que rebosaba de público, se congestionó más todavía con la llegada de un tren procedente de Génova.

El hombre de la maleta negra se apartó del lugar en el que se hallaba, y con el deseo de no mezclarse con el gentío pudo situarse no sin dificultad, pegado a la pared, muy cerca de la sala de espera para los viajeros de segunda clase.

La riada de público pasaba delante de él, con sus atavíos multicolores y provistos en su mayor parte de bolsas de viaje. De pronto algo debió ver el desconocido porque, situándose en el centro del andén, gritó, horrorizado:

—¡No! ¡No!

Varios disparos sembraron la general alarma. Todos corrían, unos retrocediendo, otros para avanzar hacia la salida, los menos con el propósito de penetrar en los despachos que, para los diversos servicios, se alineaban a ambos lados de los andenes laterales.

El hombre del traje oscuro extendió los brazos. La maleta negra se abrió y su contenido comenzó a derramarse mientras avanzaba, tambaleándose como si estuviera ebrio, para, después de recorrer unos diez metros, desplomarse igual que un guñapo.

Cientos de billetes de Banco americanos, que fueron cayendo a tierra durante el breve y espectacular intento de huida del que acababan de asesinar, sembraron el andén, siendo pisoteados por el público que chillaba y esforzándose en abandonar la estación.

Dos gendarmes se aproximaron al caído, pero no llegaron a arrodillarse junto a él pues tres hombres de paisano, uno de los cuales mostró un carnet a los agentes uniformados, se les anticiparon. Uno de ellos ordenó:

—Desvíen el público en otra dirección. Nosotros nos ocuparemos de este individuo.

Se inclinaron sobre el caído para comprobar que llevaba la maleta unida a la muñeca por una cadena.

—Avisa a una ambulancia.

Mientras uno de los hombres de paisano se quedaba de guardia junto al cadáver y otro se dirigía al teléfono para solicitar un vehículo sanitario, el tercero, al que se unieron dos gendarmes, gritaba al público que, detenida su fuga, inclinándose para apoderarse del contenido de la maleta:

—¡Sigan su camino! ¡Detendré a todo el que sorprenda con uno de esos billetes! ¡Vamos! ¡No se paren!

Pero otro tren llegaba en aquel momento y los gendarmes no pudieron impedir que el andén en el que se hallaba, como un guñapo, en trágica postura, el hombre de la maleta negra, se poblara de público. Volvieron a reproducirse los gritos histéricos de las mujeres al descubrir el cadáver y el detenerse de los hombres, unos en torno al caído y los más persiguiendo los billetes de Banco que a impulso de la carrera de la víctima, habían volado en todas direcciones.

Cuando llegaron los agentes necesarios para interrumpir la circulación en aquel sector de la estación, los gendarmes solo pudieron reunir un puñado de dólares. Los demás se hallaban en poder de los viajeros para quienes los billetes fueron una tentación irresistible.

Una ambulancia penetró en el desierto andén. El hombre del traje oscuro tuvo que ser introducido en el vehículo junto con la maleta, pues la cadena que unía el asa con su brazo era demasiado fuerte y la víctima no llevaba en sus bolsillos llave alguna para abrir la pulsera metálica que circundaba su muñeca.

Los empleados de la estación no pudieron facilitar detalle alguno a la policía. Todos afirmaban haber oído las detonaciones y haber visto también correr a aquel hombre, despavorido, por el andén, con la maleta abierta, de la que caían centenares de billetes de diez dólares, pero nadie se fijó en quienes le agredieron.

Solo un mozo de la estación, encargado del control de la puerta que daba acceso a los depósitos de mercancías y que en el momento de producirse el atentado miraba al que acababan de asesinar, identificó a un hombre muy alto, esquelético, al que había visto introducir la mano en una bolsa de las que entregan las Compañías aéreas a sus pasajeros para, desde el interior, oprimir, sin duda, una pistola ametralladora.

Pero Edward Newman, americano nacionalizado francés, no quería tratos con la Ley y al ser interrogado guardó silencio.

El tampoco vio nada. Se hallaba en los lavabos de caballeros, como dijo al capataz al abandonar momentáneamente el servicio.

Sin embargo, Edward tenía en su cerebro el rostro del que asesinó al hombre de la maleta negra, un rostro que no le era desconocido.

CAPÍTULO II

De regreso a su domicilio, en la rue Saincaire, en la zona portuaria, Edward Newman se reprochaba haberse comportado aquella tarde como un estúpido.

Por entre sus piernas pasaron centenares de billetes de a diez dólares sin que hiciera nada por recogerles. El oía a la gente aglomerarse en derredor, unos para huir, otros para apoderarse del dinero, pero él, con la mirada fija en el asesino y en la víctima, como inmovilizado, dejó que transcurriera el tiempo, sin reaccionar.

Cuando el agresor pasó cerca, mezclado entre la muchedumbre, los dos hombres se habían mirado, pero Newman desvió los ojos con rapidez comprendiendo que si el criminal sospechaba haber sido visto, no vacilaría en volver a matar.

Cuando quiso reaccionar ya les gendarmes vigilaban el andén y no se atrevió a inclinarse para coger los billetes que se hallaban cerca de él ante el temor de ser detenido.

Terminada la guerra, al casarse con Susan y pedir la nacionalidad francesa, se prometió a sí mismo no tener problemas con la Ley. Su pasado había muerto al firmarse la paz y no deseaba que nadie lo investigara.

Era feliz en su matrimonio, sobre todo después del nacimiento de la pequeña Ivette, que ya contaba tres años de edad.

Sin embargo, la idea de haber desperdiciado unos cientos de dólares, de los que fácilmente y sin riesgo pudo apoderarse, le desasosegaba. El sueldo no era grande y la familia vivía modestamente, demasiado modestamente para quien, como Edward, conoció en los Estados Unidos épocas de prosperidad económica.

Al pasar frente a una de las oficinas bancarias, abiertas en Niza hasta entrada la noche para facilitar el cambio de moneda, sintió la tentación de cambiar el billete de diez dólares que el hombre de la maleta negra le entregara de propina. Allí tenía un amigo que no le exigiría pasaporte ni documento alguno.

No lo hizo, sin saber por qué. Era preferible efectuar el cambio en el puerto, con cualquiera de los muchos que especulaban en divisas. Quizá, también, obtuviese unos francos más.

Por la avenida de la Victoria llegó a la de Verdun, que bordea el jardín Albert y en cuyas inmediaciones, con la tolerancia de la policía, pululaban los vendedores de toda clase de objetos de contrabando, piezas de poco valor en su mayor parte.

En las proximidades del teatro de Verdure, de cara al llamado muelle

de los Estados Unidos, se acercó a un individuo de unos cincuenta años, que paseaba en actitud distraída.

—Hola, Charlie.

—Hola, Edward. ¿Cómo tú por aquí?

—Me han dado esta tarde una propina y quiero que me cambies ese billete.

—¿Diez dólares?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Hoy todo el mundo se acuerda de mí para que le cambie billetes de diez dólares. Sé lo que ha ocurrido en la estación y...

El rostro de Edward Newman se endureció.

—¡No es de esos! Me lo entregaron de propina.

—No me interesa.

—Allá tú. Otro lo hará.

Edward fue a alejarse, pero el llamado Charlie se lo impidió con el gesto y la palabra.

—Espera. Somos amigos. No quiero que te veas metido en un lío. Los de la secreta han estado aquí para pedirnos que les denunciemos a todo el que pretenda cambiar billetes de diez dólares. ¿Comprendes? Tenemos que estar a bien con ellos.

—Pero...

—Ve a casa, guarda ese dinero en cualquier sitio y deja que transcurran unos meses. Vuelve a mí cuando el asesinato se haya olvidado. Los «polis» están muy nerviosos. ¡Debe tratarse de algo importante!

Edward Newman vaciló unos segundos. Se había hecho a la idea de comprar unos dulces para su mujer y su hija, pero desistió de ello. Se despidió de su amigo dándole una palmada en el hombro.

—Gracias Charlie.

—No hay de qué. No me gusta convertirme en un soplón. Adiós. Cualquier tarde iré por tu casa a que me invites a una copa. Tengo ganas de ver a la pequeña.

—Ve después de las nueve. Yo termino el servicio a esa hora.

Edward Newman se alejó para internarse por las callejas del barrio portuario, no tardando en llegar a su casa. El reloj de la iglesia de San Martín que se alzaba frente a su domicilio, daba diez campanadas cuando penetró en el portal.

Oprimió el interruptor de la luz de la escalera y, como le ocurriera otras veces, las bombillas no se iluminaron. El automático se averiaba con frecuencia sin que sirvieran de nada las reclamaciones de los vecinos al propietario del inmueble.

A tientas, alcanzó la barandilla. Él vivía en el quinto y último piso de la casa y despacio, comenzó a ascender la escalera. Al llegar al segundo rellano algo duro se clavó en su espalda mientras escuchaba una voz amenazadora:

—¡Quieto! ¡No te muevas ni des un grito!

La sorpresa inmovilizó a Edward quien, incapaz de contener un estremecimiento, dijo:

—Te equivocas si pretendes robarme. Apenas llevo encima trescientos francos.

—Vengo a darte dinero o...

Se acentuó la presión del arma, en una clara amenaza.

—Para darme dinero no hace falta tanto misterio. Estoy dispuesto a recibir el que me entreguen. Mi sueldo no llega para nada —repuso Newman, esforzándose en tranquilizarse y en que su voz no denotara temor alguno.

—Me alegro de que sea así —fue la réplica—. Me consta que eres el único capaz de reconocerme.

Aunque Edward imaginaba la identidad del desconocido pretendió fingir ignorancia.

—¿Reconocerle? No le entiendo.

—Mejor. De todas formas, ten la boca cerrada. ¿Te interrogó la policía en la estación?

—Sí.

—¿Les dijiste algo?

—La verdad. Que escuché unos disparos y vi cómo la gente escapaba. Nada más.

—Me alegro por ti, por tu mujer y tu hija.

Edward Newman que había pertenecido a un comando durante la guerra del Pacífico, se hallaba ya completamente sereno, vencida la sorpresa. Por un segundo sintió el impulso de revolvers en la oscuridad y luchar, pero se contuvo. ¿Para qué iba a exponerse a morir? Se alegró de su reacción al oír de nuevo:

—No intentes delatarme porque aunque la policía me cazara mis amigos se encargarían de ti. Mantén la boca cerrada y no pretendas jugar sucio. Cuando nos separemos podrás dar la luz. Lo que meto en tu bolsillo son quinientos mil francos. Dentro de un mes, si continúas callado, recibirás otra cantidad igual. También puedo darte una ración de plomo.

—Me interesa más el dinero.

—Confiaba en que sucedería así. Permanece quieto unos minutos. Sabrás que me he marchado cuando oprimas el botón que hay a tu derecha y se enciendan las bombillas. Desde abajo conectaré el automático.

—De acuerdo.

—¡Ni una palabra de esto!

—Guardaré silencio. Nunca gané dinero más fácilmente.

Edward dejó de sentir la presión del arma en la espalda y oyó unos pasos, muy quedos, que se alejaban.

En la oscuridad, con la boca algo seca por el impacto emocional, se dijo

que la Fortuna tenía sus caprichos. ¡Quinientos mil francos! ¿Sería cierto?

Pulsó el interruptor y dominando los deseos de examinar los billetes que el desconocido le introdujo en el bolsillo de la americana, ascendió el último tramo de la escalera para detenerse ante una puerta y dar un leve timbrazo.

Al serle franqueada la entrada, una mujer joven, de gran belleza, dijo:

—Estaba inquieta. Tardaste hoy más que de costumbre, Eddy.

Edward, besando a su esposa en los labios, en una breve caricia, repuso:

—Se complicó todo. Mataron a un hombre en la estación y la policía ha interrogado al personal.

—Lo oí por la radio. Amenazaron con la cárcel al que no entregue unos billetes de diez dólares que cayeron de la maleta que llevaba la víctima. ¿No tienes tú ninguno?

La mujer, que había cerrado la puerta, caminaba hacia el comedor.

—Sí, pero no de los que había en el andén. Me lo dio de propina un americano por dejarle pasar.

Se arrepintió tarde de haberlo dicho, pero ya la cosa no tenía remedio. Se dio cuenta de su error al ser preguntado:

—¿El mismo hombre al que mataron?

—No lo sé —mintió Edward—. No vi el cadáver. Es posible que fuera él.

Susan Daumieres contempló a su marido con fijeza. Luego dijo, en tono de reproche:

—Al casarnos acordamos no mentirnos. ¿Te acuerdas?

Edward quiso desviar la mirada de la de su mujer.

—Si. ¿Por qué...?

Ella, sin contestar a la incompleta pregunta, extendió un mantel muy limpio sobre la mesa en la que, en silencio, fue colocando la cena.

—¿Se durmió ya la niña, Susan?

—Si.

—Voy a verla mientras terminas de prepararlo todo.

Ya en la no muy amplia habitación en la que, junto a la cama de matrimonio se hallaba una cuna, Edward Newman extrajo del bolsillo lateral de la americana un fajo de billetes de mil francos, pero volvió a guardarlos. Después miró a su hija, sintiéndose dominado por una viva inquietud. Comprendía que pisaba un terreno peligroso, no solo para él sino también para sus familiares.

Susan era una mujer inteligente, mucho más de lo que imaginó en principio. ¿Por qué no confiarse a ella?

No lo hizo y la cena transcurrió sin apenas diálogo. Las palabras del hombre obtuvieron breves respuestas, casi monosílabos...

CAPÍTULO III

Todo sucedió tan rápidamente que Edward Newman no tuvo tiempo de reaccionar. Un automóvil negro se había detenido cerca de él y un hombre, apeándose, se acercó a preguntarle:

—¿Puede indicarme el camino que he de seguir para llegar a Vintimille?

—Verá. Tuerza por...

—¡Suba al coche! ¡Le están encañonando! ¡Hágalo o...!

En su azarosa juventud, Edward había vivido en numerosos ambientes y comprendía cuándo un hombre estaba dispuesto a cumplir sus amenazas. Por ello se apresuró a obedecer preguntándose quién o quiénes serían sus enemigos y la razón por la que en plena mañana se arriesgaban de tal modo por apresarle.

Ya en el interior del vehículo se formuló una serie de interrogantes sin respuesta posible, diciéndose al fin que el Destino le había mezclado en algo muy peligroso.

No comprendía Edward la necesidad del soborno para que guardase silencio. Los asesinos del hombre de la maleta negra se arriesgaban dejándole con vida, exponiéndose a ser traicionados. ¿Qué significaba para ellos un nuevo crimen? ¿Por qué no le mataron?

Por otra parte, Edward no comprendía tampoco que nadie pretendiera pasar inadvertido en Niza se vistiese como la víctima y portara una maleta de ese color. ¿Y si deseaba llamar la atención, ser visto y recordado? ¿Para qué? ¿Para morir?

De no haber llevado una fortuna podía explicarse tal deseo, pero fueron centenares los billetes que volaron por el andén. Si temía un ataque o un robo, ¿por qué exhibirse así en un lugar tan repleto de público como la Estación Central?

Movió la cabeza deseando alejar aquellos pensamientos. Le preocupaba su situación y era necesario que no se distrajese hasta averiguar las intenciones de sus enemigos.

Tuvo una mala corazonada al mirar los rostros de los dos hombres que iban junto a él, en el asiento posterior del coche, rostros duros, sin sonrisa, y se alegró de haber dejado los quinientos mil francos ocultos en casa.

El que conducía era un individuo muy bajo, regordete con dedos como morcillas que se aplastaban repugnantemente sobre el volante. Sus facciones, que veía por el espejo retrovisor, no eran definidas por faltarles rasgos acusados. Sin apenas barba, la cara parecía una bola de grasa.

Edward sin saber por qué, dejándose llevar por el instinto, se dijo que

aquel hombre era el más peligroso de los tres que le llevaban... ¿dónde?

—Creo que os habéis equivocado, amigos —dijo Edward, con voz no muy firme—. Soy un pobre diablo. Un mozo de estación y un padre de familia.

No obtuvo respuesta y de nuevo un lúgubre pensamiento invadió al prisionero. El hecho de que sus enemigos no se preocuparan de vendarle los ojos y el que no ocultaran sus rostros significaba que...

Un sudor frío comenzó a deslizarse por las sienes de Edward Newman. Si. Era indudable que estaban seguros de la impunidad cara al futuro, impunidad que solo podía conseguirse con el crimen.

Miró por el cristal de la ventanilla. El automóvil, a moderada velocidad, pues era grande el tráfico en Niza a aquellas horas de la mañana, había abandonado el boulevard de Joseph Garnier para por la avenida de Pessicart, comenzar a ascender a las colinas del oeste de la población.

¿Iba a morir sin resistencia sin saber el motivo, oscura y estúpidamente?

—Decidme, al menos, qué pretendéis de mí.

—Que te calles —repuso con aspereza uno de los hombres—. No tenemos ganas de hablar contigo.

—Pero yo deseo saber...

—Tiempo tendrás para todo ¡Ahora cierra el pico!

No le quedaba duda alguna a Edward que el haber sido espectador del asesinato del hombre de la maleta negra era la causa de su captura ¿Tan importante podía ser su testimonio?

Entornó los párpados en el deseo de concentrarse más e intentar recordar a quién pertenecía el rostro del que, una vez cometido el crimen le miró con fijeza al abandonar el andén, pero al igual que le ocurriera otras veces no pudo identificarle, pese a tener la certeza de que no era la primera vez que le veía. Quizá en ese rostro estaba la clave de todo.

Sintió deseos de luchar, pero se mantuvo quieto por saberse vigilado. Necesitaba saber. En el futuro no iba a vivir tranquilo aunque escapase del peligro. Era preciso que averiguara la causa por la que inquietaba a aquellos hombres.

Tenía la certeza de que quien le sobornó la noche anterior era el asesino. De ser así, ¿qué significaba su captura?

Tensó los músculos. Quizá le resultara posible deshacerse de los que iban a ambos lados. En cuanto al conductor, no le consideraba un adversario con rapidez de movimientos, pese a que tal vez fuese el más peligroso.

¿Habría perdido ya, por la vida sedentaria, la fortaleza y el arrojo que le hicieron merecedor en la guerra de la Medalla de Servicios Distinguidos?

—Al menos —pensó Edward— no estoy asustado. Eso quiere decir que es posible que consiga escapar.

¿Escapar? ¿De qué y de quién? Nuevas preguntas sin respuesta.

Dispuesto a la lucha, quiso distraer a sus silenciosos enemigos.

—Dadme al menos, un cigarrillo. Pensaba comprar tabaco en la estación. Este paseo no lo había previsto.

—Hay muchas cosas que no has previsto y que van a sucederte. Toma.

El que hablaba fue a llevar su diestra al bolsillo de su americana pero su compañero le dijo:

—Quieto, Jeff. Nos advirtieron que este tipo era peligroso y no ha conseguido engañarme con su aparente resignación a lo que le espera. Pretende distraernos para atacar. Ni él ni nosotros fumaremos.

—Tú mandas, Rob.

—¿Tenéis miedo? —ironizó Edward.

—No somos novatos. Lo pagarás caro si llegas a imaginarlo siquiera —repuso el llamado Jeff—. ¡Cállate de una vez!

A través de las tortuosas avenidas de las colinas de Niza, el automóvil continuaba ascendiendo por entre las zonas de árboles y vegetación. De vez en vez se cruzaban con algún automóvil descapotable. Las colinas eran el lugar preferido de los turistas amantes de la montaña.

Edward Newman, nervioso al comprender que le era imposible cualquier acto de resistencia, en el afán de dominar el pánico que empezaba a invadirle evocó a su esposa y a su hija. Su recuerdo quizá le diese ánimos para luchar.

¡Maldito momento en el que se encontró con el hombre de la maleta negra!

Se dispuso a actuar a la desesperada, pero no tuvo tiempo de hacerlo. El vehículo se detuvo ante una rústica cabaña, sin duda de las empleadas por los guardas de las colinas para protegerse en los días de tempestad o para descansar en las noches, en espera de los turnos de guardia.

Edward miró en derredor sin ver a nadie, mientras se apeaba sintió en su costado la presión de la pistola de uno de sus desconocidos enemigos.

—¡Entra ahí!

Obedeció. No le quedaba otro remedio si no quería suicidarse.

Como imaginara, la casa, construida con troncos de árboles y techumbre de madera, constaba de una sola y amplia habitación. Al fondo, una chimenea de leña, tres camas de campaña y en el centro una mesa y varias sillas.

Un hombre de unos treinta y cinco años, de facciones correctas y sin ningún signo en su semblante que denotara perversidad, le miraba fijamente. Iba bien vestido, con traje claro y camisa blanca, de seda.

—Siéntate, Edward. Te ruego me perdones por haber tenido que recurrir a este procedimiento, pero deseaba verte.

Newman sin responder, se acomodó en una de las sillas. No se dejaría engañar por los ademanes educados de aquel individuo, sin duda el jefe de la banda de criminales.

Se dio cuenta de que, a su espalda, en semicírculo, le vigilaban los tres hombres que le condujeron a las colinas desde el centro de la población. Pudo ver al conductor, más grueso aún de lo que le pareció hasta entonces. En sus pupilas había un brillo que denotaba peligrasidad.

El silencio fue largo. Edward estaba dispuesto a desconcertar a sus enemigos a no entregarse a un diálogo fácil. Ellos le dirían para qué y por qué le capturaron.

El hombre que mandaba el grupo de *gangsters* miraba con fijeza al prisionero mientras encendía, calmoso, un cigarrillo.

—¿No sientes curiosidad Edward?

La respuesta no se hizo esperar.

—Desde que leí eso de Adán y Eva he comprendido que ser curioso trae malas consecuencias. Antes me negaron un cigarro.

—Quédate con el paquete.

Edward Newman tomó lo que aquel hombre le entregaba y una vez con el pitillo en los labios se volvió al *gangster* grueso:

—¿Me das lumbre bola de grasa? Tú al menos no tienes cara de asesino.

El interpelado, con una sonrisa indescifrable entregó al ferroviario un estuche de fósforos mientras preguntaba:

—¿De qué tengo cara?

—Te molestarías mucho si te lo dijera. Me recuerdas a... ¡Qué importa!

—¿A un cerdo?

Edward, consecuente con su propósito de ganar tiempo, repuso, deliberadamente ofensivo:

—Sí, pero a un cerdo padre, se entiende.

El insultado, siempre sin perder su gesto afectuoso, avanzó un paso hacia Newman, pero se contuvo al oír una orden:

—¡Quieto Jasper!

—Tú mandas, Giovanni, pero cuando llegue la hora de la verdad quisiera ser yo el que se ocupara de ese tipo.

—De acuerdo. ¡No perdamos más tiempo! ¿Qué tienes que decimos, Edward?

El interrogado con una sonrisa sarcástica, en sus labios el cigarrillo encendido, repuso:

—Que el parte meteorológico de anoche anuncia la posibilidad de tormentas y que la BB está cada día más herniosa.

Edward vio un leve gesto en el rostro de Giovanni y cuando quiso volverse para prevenir una posible agresión ya era tarde. Una mano le golpeó brutalmente en la boca, destrozándole el cigarrillo, que soltó, al caer a tierra, multitud de chispas. Una de las brasas le quemó en la mejilla izquierda. Se puso en pie.

El golpe fue más doloroso por lo inesperado. Newman sintió la boca húmeda, pastosa. Al escupir, el esputo era sanguinolento. Se dijo que si se

acobardaba estaba perdido, y luchando por conservar la serenidad, extrajo un nuevo cigarrillo del paquete encendiéndolo a la par que decía:

—Veo que sois enemigos del tabaco y que estáis dispuestos a no permitirme que fume tranquilo.

Los tres *gangsters* se habían puesto guantes, lo que significaba que se preparaban para darle una paliza sin despellejarse los nudillos.

—Te he hecho una pregunta, Edward. Soy hombre de poca paciencia.

El prisionero aspiró profundamente el humo del cigarrillo en el afán de no dejarse invadir por el pánico. Dijo:

—No sé por qué diablos me habéis traído aquí ni lo que queréis que os diga. ¡Hablad claro de una vez!

Esta vez Newman recibió el golpe en el hígado, un puñetazo brutal que le hizo encorvarse de dolor. Habló, casi sin voz.

—Preguntad cosas concretas. No soy adivino.

El hombre obeso, que se había situado a la izquierda de Edward con una rapidez inconcebible para un individuo de su corpulencia le pegó, en el antebrazo izquierdo, con la mano de canto. Un calambre recorrió el cuerpo de Newman, produciéndole un dolor insoportable. Perdió el dominio de sus nervios, gritó:

—¡Bestias!

Un nuevo golpe, esta vez en el brazo derecho, impidió que el joven se lanzara contra los *gangsters*, en un impulso ciego, desesperado.

Quedó quieto, dolorido, incapaz de levantar los brazos, con el cigarrillo en los labios y un gesto de dolor en su semblante.

—¿Hablarás?

La voz del que mandaba a los *gangsters* era fría, impersonal. Edward comprendió que debajo de las maneras educadas de su enemigo se ocultaba un monstruo.

—Dime lo que quieres saber.

Uno de los indeseables fue a golpearle de nuevo, pero Giovanni alzó la mano derecha a la par que ordenaba:

—Dejadle. No quiero perder más tiempo. Solo dispongo de quince minutos. Dime qué hiciste ayer.

¡Quince minutos! ¿Era eso lo que le quedaba de vida? Newman, sentándose de nuevo, repuso:

—Trago el turno en la Estación Central de las dos a las nueve de la tarde. Soy uno de los mozos encargados de las mercancías. Mi trabajo consiste en...

—¡Háblame del hombre de la maleta negra!

—¿Qué hombre?

Por primera vez Giovanni mostró impaciencia al tamborilear con los dedos de su mano derecha en el tablero de la mesa mientras su rostro se endurecía:

—Escucha, Edward: Robert Padovan y Jeoffrey Egan, que tienes a

ambos lados, con muchos deseos de hacer ejercicio a tu costa, siguieron a un hombre vestido de negro, con una maleta del mismo color, durante toda la tarde de ayer. Le vieron entrar en la estación, hablar contigo y darte un billete. Después advirtieron que le seguías y penetraron a su vez, no sin que les costara unos dólares de propina sobornar al que te sustituyó. Al llegar el tren de Génova y producirse los disparos ellos se hallaban aún lejos, en el afán de no ser descubiertos, y no pudieron ver lo que me interesa que tú me digas. Recuerdan que tú estabas a menos de cinco metros de la víctima. Fueron arrollados por la multitud en fuga. ¿Qué viste? ¿Cómo era el hombre que disparó? Tienes un minuto para pensar tu respuesta. Si pretendes engañarme, te pesará. Sé algo más, pero no te lo diré. Pretendo con ello cerciorarme de si me engañas o no.

Newman, acorralado, comprendió que era inútil negar. Sin embargo, estaba seguro de que si decía la verdad, la poca verdad de que era conocedor, su vida terminaría rápidamente.

Notaba en las sienes el paso de la sangre, como un segundero que iba marcando el final del plazo que le concedieron para hablar. ¿Qué era conveniente que dijera?

Se estremeció al recordar la amenaza de su misterioso interlocutor de la escalera referida a su mujer y a su hija ¿Y si aquellos hombres fueran cómplices del asesino y estuvieran poniéndole a prueba? Con audacia, preguntó a Giovanni, cuyo apellido ignoraba, al igual que el del gordo Jasper:

—¿Era un compañero vuestro al que mataron en la Estación Central?

—¡No eres tú el que interroga sino nosotros! —fue la dura replica—. Te quedan veinte segundos.

Era inútil la astucia con aquel hombre. Comprendiéndolo así, Edward refirió todo lo ocurrido desde que le fueron entregados los diez dólares, omitiendo el hecho de que pudo ver claramente el rostro del agresor.

—A mí, como, les ocurrió a tus hombres, también me arrollaron en la huida Me interrogó la policía y no quise decirles nada para no verme envuelto en líos.

—¿Nada más?

Giovanni miraba a Newman con hipnótica fijeza.

—Si. Quise cambiar los diez dólares, pero un amigo me aconsejó que no lo intentara. La policía busca a los que se apoderaron del dinero. ¿Por qué quieren recoger los billetes? ¿Son falsos?

—Tal vez sí y tal vez no. Sigo escuchándote, Edward.

—Lo que resta ya no te interesa. Llegué a casa de mal humor y me acosté.

—¿Eso es todo?

—Si.

—Piénsalo bien.

¿Qué más sabía aquel hombre? El prisionero, sintiendo que algo

parecido a una tenaza le retorció los intestinos, en una sensación de pánico hasta entonces jamás experimentada de forma tan intensa, dijo, esforzándose en dar firmeza a sus palabras:

—Si. Eso es todo.

El jefe del grupo de *gangsters* hizo un gesto de fastidio.

—Lo siento por ti Edward. Creí que eras más listo. ¡Regístrale, Jeff!

Una pistola se clavó en la espalda de Newman inmovilizándole mientras era cacheado. Todos los objetos que llevaba en los bolsillos fueron puestos sobre la mesa, entre ellos un billetero que Giovanni examinó, contando el dinero.

—Trescientos francos. Mal deben irte las cosas.

—Si. El sueldo no da para más.

—Allá tú. Durante cinco minutos es vuestro, muchachos.

Cesó la presión del arma en la espalda, pero unos brazos le inmovizaron mientras oía la voz de Jasper:

—Empieza tú, Robert. Procura que no pierda el conocimiento demasiado pronto.

El aludido, que se hallaba muy cerca de Edward, propinó a este un feroz golpe en el estómago obligándole a encorvarse para, después, enderezarle de un formidable *uppercut*.

Aturdido, sintiéndose dominado por la ira, Edward levantó la pierna derecha para pegar a Robert Padovan en el bajo vientre. El *gangster*, que no esperaba la acometida, retrocedió unos metros, muy pálido, gimiendo de dolor, para desplomarse después a tierra, retorciéndose, con las manos en el lugar en el que recibió la patada.

A la par que agredía a su cobarde enemigo Newman arqueó los brazos que el gordo Jasper inmovilizaba a su espalda y retrocediendo con violencia, consiguió desasirse y saltar a su izquierda, quedando frente a sus dos enemigos.

Giovanni, desde un lateral, contemplaba la escena como si aquello no le interesara, con un gesto de indiferencia.

Jeoffrey Egan saco una automática, encañonando con ella a Edward.

—¡Levanta los brazos y vuélvete de espaldas!

Enfurecido, dispuesto a todo. Newman replicó:

—No te atreverás a disparar. Vuestro jefe me quiere vivo, al menos hasta que le diga lo que supone que sé. De todas formas si acabáis conmigo será mejor que lo que supongo me espera en manos de unos gorilas como vosotros.

—Guarda la pistola —intervino Jasper—. ¡Le cortaremos la cresta a este gallo! ¿No te atreves con él, Jeff?

—No tengo ni para empezar —fanfarroneó el aludido mientras se acercaba al que, medio aturdido aún, flexionadas las piernas, esperaba el ataque.

Jeoffrey Egan, con una sonrisa cruel en su rostro de degenerado,

enfundó la pistola para, a continuación, arrojarla en tromba contra Newman que, intuyendo algo semejante, se apartó con rapidez para esquivar la acometida, consiguiéndolo, mientras advertía que Robert Padovan se incorporaba.

El puño derecho de Edward alcanzó a Jeff en un oído, pero el golpe no debió ser demasiado fuerte porque el *gangster* se revolvió como una fiera para pegarle un izquierdazo en una ceja.

Newman, mientras esquivaba una serie de golpes, notó que la sangre comenzaba a fluir por la herida, cegándole el ojo derecho. Aun convencido de que su resistencia iba a ser inútil, se dispuso a aguantar mientras le fuera posible.

Pero iba a serle posible por poco tiempo porque Robert Padovan, enfurecido, deseando vengarse, se lanzaba también al ataque.

Aunque Newman era mi típico hombre de lucha, endurecido en la guerra, se supo perdido al encajar un nuevo golpe en la ceja izquierda y, ya medio ciego, haciendo girar ambos brazos con furia, fue alcanzado en la boca con un directo. Los labios parecieron clavársele en los dientes y experimentó la sensación, no sabía si real o imaginaria, de que la carne se rasgaba, reventándose, mientras un líquido espeso le corría por la barbilla.

Fuera de sí, dispuesto a matar, Newman se lanzó de nuevo contra Robert Padovan y sus puños, convertidos en mazas, encontraron el rostro de su enemigo, machacándose en pocos segundos, indiferente a los golpes que Geoffrey le propinaba, uno de los cuales, al alcanzarle en la sien, le derribó aturrido mientras un dolor insoportable parecía taladrarle el cerebro.

En tierra, medio inconsciente, al ver cerca de su cara la pierna derecha de Padovan, tiró de ella arrojando al suelo al *gangster*, mientras la puntera del zapato de Geoffrey le pegaba salvajemente en la mejilla primero y en la frente después para, a continuación, golpearle en el tórax con tanta brutalidad y saña que a Edward casi se le cortó la respiración.

Sin embargo, Newman, en un formidable alarde de voluntad, pudo ponerse en pie aprovechando una breve pausa, quizá intencionada, en la lucha, y como un coloso, sangrando por el rostro, jadeante por el esfuerzo y el castigo recibido, esperó a pie firme una nueva acometida, no sin advertir que el gordo Jasper se le acercaba también.

Fue retrocediendo, siempre en guardia, sin conseguir parar un izquierdazo de Robert Padovan, hasta que su espalda tropezó con la pared. Entonces, sin cubrirse, de forma inesperada para sus enemigos que le creían vencido, extendió su diestra con increíble violencia alcanzando a Geoffrey en el mentón. El *gangster* retrocedió unos metros para caer privado del conocimiento. Robert, aprovechando que Edward se había lanzado a la ofensiva, pudo pegar repetidas veces al que imaginaron en principio fácil víctima en las cejas, en la boca y en la nariz, provocando nuevas hemorragias.

Pero Newman seguía en pie, defendiéndose. Los brazos, que continuaban doliéndole no sabía si por los golpes primeros de Jasper o por los puntapiés recibidos, le pesaban como si fueran de plomo.

Dos sacudidas eléctricas le convencieron de que el que le atacaba entonces era su más temible enemigo, al que había insultado anteriormente. Levantó la pierna izquierda sin encontrar otra cosa que el vacío mientras algo caía sobre su cuello, una losa de mármol al parecer. Antes de perder el sentido, Edward pensó que acababan de decapitarle, tan profundamente sintió el impacto.

Aún después de hallarse inconsciente, Robert Padovan siguió pegándole con los pies.

—¡Maldito perro!

Giovanni, que había presenciado la lucha con su característica impasibilidad, ordenó:

—¡Déjale ya! No debiste pegarle tan fuerte, Jasper.

—Era la única forma de terminar con él. Hubiera acabado por vencer también a Robert. ¡Es un tipo valiente, Gronchi!

—Sí —fue el seco comentario del que mandaba el grupo de indeseables—. Temo que tarde en recobrar el sentido y no dispongo de demasiado tiempo. He de estar en Niza dentro de media hora. Todos nuestros planes se han venido a tierra con el absurdo e incomprensible asesinato del hombre de la maleta negra. No puedo entenderlo. A nadie se le ocurre llevar una fortuna en billetes falsos e ir tan extrañamente vestido. Parece como si deseara hacerse matar...

—Nadie se deja matar, jefe —dijo Jasper—. Sobre todo si tiene dinero en abundancia.

—Sí. Eso es lo que me desconcierta. ¿Qué pretendía ese individuo? ¿Quiénes le asesinaron y por qué? ¡Tenemos que arrancarle la verdad a Edward! ¡Anoche te comportaste como un estúpido Robert!

—Hice lo posible, jefe.

—No basta. Intenta reanimar a Jeoffrey.

Robert Padovan fue a acercarse a su compañero, pero este ya se incorporaba, acariciándose el mentón.

—Parece como si me hubiera coceado una mula —comentó—. ¿Le liquidamos?

—Primero tiene que decirnos algunas cosas. Hazle recobrar el sentido.

Jeoffrey Egan abandonó la habitación para regresar con una jarra de agua que vertió sobre Edward Newman sin resultado. Jasper Novak se inclinó sobre el prisionero.

—Lo siento Gronchi. Me pasé de la raya al pegarle. Quizá tarde más de una hora en volver en sí.

Chispearon de ira las pupilas del jefe del grupo de indeseables.

—¡Sabías que necesitaba interrogarle!

—Sí, pero ya no tiene remedio.

Hubo un breve silencio, roto por Giovanni:

—Os dejo con él. Aquí nadie os molestará. Creo que volveré pronto, dentro de un par de horas, como máximo.

—¿Qué hacemos con él cuando despierte? —inquirió Jasper.

—Vigilarle para que no escape. Yo le convenceré de la inutilidad de callar. Atadle a una silla.

Jasper Novak cogió una cuerda, que se hallaba en uno de los rincones, entregándosela a Robert.

—Toma.

—¡Hazlo tú! —repuso el aludido, con violencia—. A veces tengo la impresión de que quieres darme órdenes. No olvides que eres aquí igual que yo.

Jasper Novak, sin perder la calma, repuso:

—Hago muy mal los nudos, pero...

El *gangster*, con agilidad impropia de su gordura, alzó al desvanecido Newman para, sentándole, ligarle los brazos al respaldo de una de las sillas. Después le ató también las piernas.

Al terminar, sonriendo cínicamente, miró a Robert Padovan para decirle:

—Tú y yo no somos iguales, Rob. Yo parezco un cerdo y no lo soy. Tú, sin embargo, aunque no lo pareces, lo eres.

El insultado adelantó un paso, con actitud hostil.

—¡Te voy a...!

Novak, siempre sonriendo, afirmó:

—No te atreverás a luchar conmigo cara a cara. ¡Me tienes demasiado miedo para hacer otra cosa que fanfarronear o pretender matarme a traición!

Giovanni Gronchi que, con actitud preocupada, había presenciado la escena, intervino tajante:

—¡Dejaos de idioteces ahora! Esos billetes lanzarán a la policía francesa sobre nosotros.

—¿Por qué? —inquirió Jeoffrey—. No son de los que falsificamos.

—¡Qué importa que lo hayamos hecho o no! Lo cierto es que ahora la gente se prevendrá contra la moneda americana. Hasta ayer conseguimos grandes beneficios pasando inadvertidos. Ahora todo será más difícil.

—Si. Eso es cierto —aseveró Jasper—. Por cierto que examiné anoche uno de esos billetes de diez dólares y la falsificación es perfecta. ¡Si pudiéramos apoderarnos de las planchas!

Giovanni Gronchi sonrió.

—Eres el único que tiene cerebro, Novak. Esa es una de las cosas que me propongo conseguir. Creo que al hombre de la maleta negra le mataron buscando algo más que quitarle de en medio. No sé el qué, pero...

No completó la frase. Jasper insinuó:

—¿Imaginas que el asesinato es un cebo para pescar a alguien?

—Es posible. Pensé que éramos solos en el negocio de falsificación, pero tal vez haya otros grupos. He pensado que ese individuo se fugaba llevándose una fortuna y traicionando a sus compañeros, pero nadie se viste de negro para huir y menos en verano y en una ciudad como Niza. No sé qué suponer. Tal vez me lo aclaren esta tarde.

—¿Es importante la reunión?

Giovanni sonrió enigmático.

—No seas curioso, Novak. Tú cobras por obedecer. Procura no olvidarlo.

—Siempre es más cómodo obedecer que mandar. ¿No hacemos nada hasta que vuelvas?

—Eso mismo. Me llevo el coche. Si alguien quiere meter las narices en la cabaña impedídselo a cualquier costa. ¿Entendido?

—Por completo.

—Adiós.

Giovanni Gronchi abandonó la habitación y segundos después, los *gangsters* oyeron el motor de un coche.

Robert Padovan, se sentó y se pasó el pañuelo por el rostro a la par que miraba con odio al desvanecido Edward Newman.

—Ese tipo pega fuerte.

—A mí ni me ha rozado —dijo Jasper.

—De haberte alcanzado su puño se habría hundido en la grasa sin producirte el menor daño —exclamó Jeoffrey, lanzando una sonora carcajada.

—¿Quieres probar tú?

Las cejas de Jasper Novak se habían arqueado y sus ojos brillaban. Sin embargo, no dejaba de sonreír.

—No. Eres más duro de lo que aparentas y no quiero tenerte como enemigo.

—Me gusta que seas sensato —ironizó Jasper—. ¡Hace un calor insoportable! Saldré fuera.

—¡Tenemos que vigilar a Edward! —exclamó Robert.

—Hazlo tú, si quieres. Yo sé que tiene para rato. Además, está atado. Quiero tomar el aire.

Jasper se quitó la americana, dejándola sobre una silla, y sin más palabras, abandonó la habitación. Como esperaba, segundos más tarde, también en mangas de camisa, se le reunieron Robert y Jeoffrey.

En silencio, tomaron asiento en un banco de piedra, situado en uno de los laterales de la cabaña, disponiéndose a una larga espera.

—Cada rato uno de nosotros echará un vistazo dentro —dijo Robert—. No debemos descuidarnos.

Sus compañeros asintieron con el gesto.

Desde donde se hallaban, los tres *gangsters*, divisaban una maravillosa panorámica de la ciudad. El mar, a lo lejos, parecía un lago, tan quietas

estaban sus aguas...

CAPÍTULO IV

Edward al recobrar el conocimiento y abrir los ojos, hubo de cerrarlos de nuevo, sumiéndose en la oscuridad. Parecía que la cabeza iba a reventarle, tan intenso era el dolor.

Tardó varios minutos en recordar lo sucedido y un estremecimiento surcó su cuerpo. ¡Le parecía increíble estar aún vivo!

Al oír que la puerta giraba sobre sus enmohecidos goznes, simuló continuar inconsciente. Necesitaba ganar tiempo. ¿Para qué? se dijo, al comprobar que sus manos y piernas se hallaban atadas al respaldo de la silla.

Pudo percibir unos pasos que se acercaban y la idea de que quizá en aquel momento fuesen a matarle le hizo insoportable seguir con los ojos cerrados.

Suspiró con alivio al oír que el hombre se alejaba y escuchar de nuevo la puerta al cerrarse.

El silencio era absoluto. ¿Se hallaba solo? Tuvo la confirmación al entornar los párpados y mirar en derredor.

Tardó varios minutos en serenarse y la idea de huir le acarició el pensamiento. ¡Necesitaba escapar antes de que iniciaran de nuevo el interrogatorio! Estaba dispuesto a no revelar a ningún precio las señas personales del hombre que mató al extraño individuo de la maleta negra, porque tenía la plena seguridad de que si le delataba, su mujer y su hija sufrirían las consecuencias.

Si el asesino no vaciló en asesinar en pleno día y a la vista de todo el mundo, ¿cómo iba a vacilar ante unos seres indefensos?

Newman conocía de sobra la crueldad de los delincuentes como para hacerse ilusiones con respecto al futuro de su familia.

¡Si pudiera huir...!

Tensó las muñecas, sobreponiéndose al fuerte dolor de cabeza, y sintióse invadido de una sensación de gozo al comprobar que las cuerdas, lejos de clavarse cruelmente en su carne, empezaban a ceder.

Esperanzado, siguió en sus forcejeos notando cada vez más flojas las ligaduras.

Casi estaba ya libre. ¿Quién pudo ser tan torpe como para atarle de esa manera?

Hubo de fingirse de nuevo desmayado al sentir pasos. Intuyó que sus enemigos se hallaban fuera de la cabaña y de vez en vez entraban a mirarle para impedir que escapara.

El corazón latía precipitado en el pecho de Edward al saber fija en él la mirada de uno de los *gangsters*. ¿De cuál de ellos? Imposible saberlo.

La agresión le pilló tan desprevenido que cuando sintió la brutal patada en el pecho, que le derribó a tierra con silla y todo, abrió los ojos, dejándose arrastrar por el instinto, con el afán de ver el rostro del que le golpeaba y también en la certeza de que aquel era su fin.

Pudo ver a Jeoffrey Egan, con una mueca de crueldad en su rostro encanallado.

—Ya me pareció que duraba mucho tu desmayo. Estabas fingiendo, ¿no es verdad?

En el suelo, Newman se esforzó en librar sus brazos de las ligaduras. Las cuerdas no cedieron por completo.

Recibió un punterazo en la mandíbula. Fue a insultar a su cobarde agresor, pero la puerta se abrió para dar entrada a Robert Padovan y a Jasper Novak. Este último se interpuso entre Edward y Jeoffrey, poniendo la silla en pie a la par que decía:

—Déjale, Jeff. Giovanni Gronchi estará al llegar y no le gustará encontrarle de nuevo inconsciente.

—Me di cuenta de que fingía por su agitada respiración.

—Hiciste bien, entonces, en pegarle, pero si sigues castigándole volverá a perder el conocimiento y... ¡Ahí llega el jefe! Sal, Robert, no sea un intruso.

El *gangster* hizo lo que su compañero le indicaba. El motor de un automóvil iba aumentando en intensidad hasta cesar por completo.

Edward, casi libres ya las muñecas, sujetaba la cuerda entre los dedos para impedir que alguno de los cabos, al colgar, denunciara que se hallaba prácticamente libre.

Sus ojos se posaron en la puerta de entrada, que acababa de abrirse para dar paso a Robert Padovan y a Giovanni Gronchi. Este último, sin preámbulos, se dirigió a su prisionero:

—¿Lo pensaste ya, Edward?

—¿El qué?

—Veo que te gustan los golpes. Escucha; Jeoffrey te siguió anoche desde la estación hasta tu casa. Se hallaba en el piso inferior cuando tuviste la conversación con el asesino del hombre de la maleta negra. Pudo escuchar todo el diálogo. Su error fue no arrojarle sobre el desconocido cuando pasó a escasos metros de él.

—Quise seguirle y averiguar dónde vivía y los nombres de sus cómplices —se defendió Jeff.

—Sí, pero se te escapó.

—No esperaba que utilizara un automóvil. Cuando quise buscar un taxi ya era tarde y...

—No importa eso ahora —le cortó Giovanni—. Me he referido a ello para que Edward comprenda que lo sabemos todo menos lo que importa: Las señas personales de ese hombre. Retrátanoslo lo mejor posible.

—¿Y después? —inquirió Newman, sintiendo el paladar reseco, la

saliva espesa.

—No te preocupes más que por el presente poco grato para ti. Pienso dejarte libre.

—No me engañas —repuso Newman—. Cuando sepas lo que te interesa me matarás. Soy un peligroso testigo contra vosotros.

Giovanni cruzó una rápida mirada con Jasper, que fue captada por Edward.

—Es posible. Sin embargo, siempre es mejor acabar de un tiro que apaleado. ¿No lo crees así? ¡Vamos, decídetelo! ¡No puedo perder toda la tarde! ¿Hablas o no?

Newman movió la cabeza en sentido negativo. Robert Padovan fue a golpear al prisionero, pero Novak se interpuso.

—Espera. Arrimaremos la silla a la pared para no tener que estar levantándole después de cada golpe.

Sin esfuerzo lo que denotaba un vigor poco común, Jasper situó a Edward en uno de los laterales. Antes de separarse de él le propinó una sonora bofetada mientras exclamaba:

—¡Imbécil! ¡Hablarás tarde o temprano!

Newman crispó los labios lanzando una mirada de odio a su enemigo.

—¡Cerdo cobarde! —exclamó—. ¡Si estuviera libre...!

—No lo estás —intervino Robert poniéndose parsimonioso un guante en su mano derecha, muy cerca de la cara de Edward que, muy pálido, se dispuso a soportar el castigo.

El golpe de Padovan, dado en plena nariz, le hizo echar hacia atrás la cabeza. Su nuca golpeó contra la pared y estuvo a punto de perder el sentido.

—¡No le pegues tan fuerte o se desvanecerá de nuevo! —gruñó Giovanni.

Con el dorso de la mano, Robert comenzó a propinar un duro castigo al rostro del que sentía nublársele la vista ante la brutal paliza, mientras su cabeza oscilaba de un lado a otro como un péndulo.

—Espera, Rob. Creo que tengo un procedimiento mejor.

Jeoffrey Egan se había apoderado del astil de una pala o un pico, que se hallaba en uno de los laterales de la estancia y con él pegó con fuerza en las piernas de Newman, quien no sintió un dolor muy intenso por amortiguarle el castigo las cuerdas que le sujetaban a la silla.

—Es un tipo muy duro —dijo Jasper—. Si quieres que el tratamiento sea eficaz, Jeff, tendrás que desatarle las piernas. Las ligaduras le sirven de protección.

Newman notó que su odio hacia el hombre obeso iba en aumento. No se equivocó en el coche al considerarle el más peligroso enemigo. Tan solo sufrió error al creerle torpe de movimientos.

—Haré lo que dices, Jasper. Tienes razón.

—Yo siempre tengo razón —comentó vanidoso el aludido.

Con un cuchillo, Jeoffrey cortó las cuerdas, lo que fue aprovechado por Edward para alzar uno de los pies y pegar de refilón a su enemigo, agresión que terminó de exasperar al *gangster*, quien levantando el astil, se dispuso a partir de un solo golpe ambas piernas del que, sudoroso, con el rostro cubierto de heridas, miró en todas direcciones, desesperadamente, sabiéndose perdido...

CAPÍTULO V

Ronald Braddock, comisario jefe del Servicio Secreto en Francia, miró pensativo a su interlocutor, Timothy Looy, inspector de su Departamento. Después dijo:

—Supongo que sabe lo que me juego en la aventura. Estoy actuando en nombre propio, sin pedir conformidad a Washington. La policía francesa se limita a tolerar nuestra presencia en Niza, pero apenas nos descuidemos caerá sobre nosotros. Ni aun después del hallazgo de los billetes falsos hemos conseguido que actúen ellos o que nos dejen las manos libres.

—No sea nervioso, comisario. Nuestra Embajada no deja de presionar y el Gobierno francés se verá obligado a tomar medidas. Por lo pronto ha conseguido algo sin precedentes: que el Servicio Secreto americano tenga una intervención casi oficial en el contrabando de moneda sin despertar suspicacias ni molestas intervenciones. Walter Edel y el otro agente trabajan activamente y apenas sepamos lo que nos interesa, por encima de las leyes francesas, haremos una redada a nuestro estilo. ¿No es eso lo que piensa?

—Sí, pero necesitaría moverme con más libertad. No se trata ahora de liquidar a un agente enemigo o de conseguir datos para nuestro Gobierno sino de un caso de tipo policíaco para el que es preciso desenvolverse en archivos y centros oficiales. De lo contrario nuestra acción será lenta. ¡Ya debimos haber resuelto el problema hace meses!

El inspector Timothy Looy asintió con el gesto y se puso en pie para pasear por el despacho de la casa alquilada por el Servicio Secreto como oficina para sus servicios en Niza. Era un individuo fornido, de mandíbula cuadrada, con rostro de boxeador. Hasta en sus menores movimientos se adivinaba al hombre de lucha. Su edad oscilaría entre los veinticinco y treinta años.

Como contraste, el comisario Braddock era muy alto, esquelético, sin más vida aparente que la de sus pupilas, siempre vivaces. Muy pálido, su rostro era inexpresivo, salvo en la mirada. Quizá por ello no acostumbraba a posar sus ojos en los de sus colaboradores, amigos o enemigos, a fin de que no leyera sus pensamientos.

—¿Llevaste a cabo el plan trabado? —inquirió.

—Si. Creo que fue una idea excelente. Yo, al menos, estaré tranquilo. No es bueno mezclar a...

Unos golpes dados en la puerta interrumpieron al inspector, quien con la diestra en el bolsillo lateral de la americana, donde siempre llevaba una automática plana de pequeño calibre atravesó un pasillo que desembocaba en el vestíbulo.

—¿Quién llama?

—Soy Walter. Necesito ver al comisario.

Timothy Looy franqueó la entrada a su colega, que vestía un mono gris, de los utilizados en las estaciones de servicio. En su rostro se adivinaba que era portador de importantes noticias...

★ ★ ★

Edward Newman sintió que un frío extraño le recorría la médula al comprender que cuando Jeoffrey descargara el golpe sobre sus piernas se le producirían inevitables fracturas que quizá le dejaran inválido para toda la vida en el supuesto, cada vez más improbable de que consiguiera salvarse.

Como hipnotizado observó al *gangster* que, de forma estudiada, iba alzando muy despacio el grueso garrote.

Miró frente a él, a la ventana de la cabaña, que se hallaba a unos cuatro metros de distancia, con las vidrieras cerradas y una cortina de cretona cubriendo el hueco. Si. Aquella era la solución, una solución desesperada, la única posible.

Necesitaba ganar tiempo para terminar de librarse de las ligaduras de las muñecas.

Al ver por una contracción del rostro de Jeoffrey Egan que se disponía a asestarle el brutal golpe, gritó, fingiéndose más asustado de lo que en realidad estaba:

—¡Quieto! ¡Hablaré! El hombre al que buscan es...

Edward calló. Cuando se disponía a mentir acababa de identificar al asesino del hombre de la maleta negra. Acababa de poner un nombre y un apellido detrás del rostro que le resultaba familiar.

¡Increíble! ¿Cómo pudo convertirse en un criminal aquel a quién siempre admiró?

Se dio a sí mismo la respuesta. En la guerra se enseñaba a los soldados a matar. Muchos de ellos, habituados al peligro siguieron haciéndolo después de firmada la paz, no resignándose a un puesto burocrático, mal retribuido en la mayor parte de los casos.

—¿A qué esperas? —preguntó Giovanni.

—Estoy recordando —repuso Edward—. Por otra parte se me hace difícil pensar teniendo a Jeoffrey tan cerca. Temo que aunque diga lo que sé, va a pegarme lo mismo y para eso no vale la pena informaros.

Tensó, una vez más, las muñecas comprobando que los brazos estaban completamente libres.

Siguió manteniendo en su rostro el mismo gesto de angustia aunque se sentía ya tranquilo por la posibilidad de intentar algo para salvarse. Si le mataban en la fuga, al menos no acabaría su vida sin lucha.

—Apártate, Jeff.

El aludido, con gesto de fastidio, hizo lo que se indicaba y tal fue el momento elegido por Edward quien, cual impulsado por un resorte, se puso en pie para, con los brazos hacia adelante, lanzarse como un bólido contra la ventana, protegiéndose la cabeza con ambos puños.

Sintió un estruendo de cristales y un dolor agudo en la mano izquierda, pero los listones de madera que sujetaban los vidrios cedieron ante su peso y Newman rodó por el exterior de la cabaña, sin ponerse en pie en la certeza de que, en breve, los proyectiles le buscarían.

Tan rápida e inesperada fue la fuga de Edward, que Giovanni Gronchi y los tres *gangsters* tardaron unos segundos en reaccionar, sorprendidos; segundos que le fueron preciosos al fugitivo para alcanzar el bosque de pinos que se alzaba en las inmediaciones.

Newman oyó silbar muy cerca los proyectiles que le disparaban sus enemigos, pero encorvado para ofrecer el menor blanco posible, siguió corriendo, alejándose de la carretera.

La pendiente era muy inclinada y en la precipitación Edward tropezó en unas raíces, cayendo a tierra. No hizo por incorporarse sino que imprimió a su cuerpo un mayor impulso.

Rodó más de doscientos metros, aprovechando el declive y protegido por matorros y arbustos.

Al incorporarse de nuevo miró hacia atrás sin descubrir a sus perseguidores, pero no por ello disminuyó la rapidez de la marcha.

Comenzaba a atardecer y una leve penumbra favorecía la para Newman, increíble fuga.

Se desvió hacia el norte y a fin de desorientar más a sus perseguidores, en lugar de dirigirse hacia la población se internó de nuevo en el bosque.

Corrió durante más de una hora, hasta agotarse por completo, para, después, ocultarse entre unos altos matorrales en espera de que llegara la noche.

Por entre sus pies se deslizaba un pequeño arroyo en el que el fugitivo se lavó la cara, no sin experimentar agudos dolores al menor roce del pañuelo en el rostro, tumefacto por los golpes.

Tendido en el suelo atento al menor ruido que delatase la presencia de sus enemigos, permaneció inmóvil, relajando su sistema nervioso. Lo necesitaba. Solo entonces comprendió que se hallaba agotado, incapaz de dar un paso.

La alegría de estar con vida no era completa. Sentíase invadido por un odio feroz hacia quienes le torturaron.

Pensó que mientras aquellos cuatro hombres viviesen él no podía considerarse a salvo. Intentarían apresarle de nuevo y eliminarle.

Un ruido inmediato hizo palpar acelerado el corazón de Newman. Miró entre los matorrales, tranquilizándose al ver un perro vagabundo.

Volvió a tumbarse y un gesto de ferocidad se dibujó en su semblante ante el recuerdo del hombre al que vio asesinar en la estación, al extraño

individuo vestido de negro. ¡Era su enemigo mortal!

Una terrible idea, asaltándole, le hizo incorporarse.

¿Y si Giovanni tomara represalias con sus seres queridos?

Miró su reloj de pulsera. Eran las ocho y media de la noche. Faltaba más de una hora para que pudiera pensar en acercarse a su domicilio en la forma proyectada en la larga espera de la colina de San Sylvestre.

Nada adelantaba dirigiéndose hacia la población con el riesgo de que sus enemigos, a los que imaginaba vigilando la casa, le descubrieran. Era necesario que las sombras envolvieran Niza. Además, su rostro cubierto de heridas y moraduras llamaría demasiado la atención y él no deseaba ser detenido e interrogado por los agentes policíacos.

Esperó, luchando por no dejarse vencer por el deseo de reunirse con su esposa para prevenirle contra posibles riesgos y hacerla salir de la ciudad a cualquier pueblecillo inmediato donde pudiera estar a salvo.

No llevaba en sus bolsillos ni un centavo. El tabaco y los fósforos también quedaron sobre la mesa, así como las llaves del piso.

Media hora más tarde, pese a no ser noche cerrada, incapaz de resistir más, anduvo con paso rápido hasta alcanzar el boulevard de Gessole, a la altura de la avenida de San Sylvestre por la que se internó para, por callejas mal iluminadas, prescindiendo de las principales vías, atravesar de norte a sur la población.

Por vez primera sintió hambre. Llevaba sin probar bocado desde las doce de la mañana.

En las proximidades de la calle Saincaire, donde se hallaba su domicilio, se detuvo para, siguiendo el plan trazado previamente, penetrar en uno de los portales y ascender hasta el último piso donde se alineaban las buhardillas.

No le fue difícil abrir una de las puertas, de maderas carcomidas por el paso del tiempo, proyectando el peso de su cuerpo contra ella y ya en el interior, subiéndose a los muebles en desuso que los inquilinos tenían allí depositados, alcanzar el tejado a través de uno de los tragaluces.

Por fortuna, y Edward ya contaba con ello, las edificaciones de la calle de Saincaire tenían aproximadamente la misma altura, con pequeños desniveles no difíciles de salvar.

Anduvo por los tejados, cuidando de no resbalar y también de no mover ninguna de las tejas, algunas completamente desprendidas.

Ya sobre la techumbre de su casa, se detuvo, con el propósito de reponer fuerzas. De bruces, miró a través de la claraboya. Como imaginaba, Susan tenía puesta una cortina en el interior.

Escuchó atentamente, pero no pudo oír nada, excepto los ruidos de la ciudad.

Esperó mientras miraba el reloj. Faltaban unos minutos para las once menos cuarto, hora en la que de Port Lympia salía todas las noches la motonave que hace el trayecto Niza-Marsella-Tolón.

Cuando oyó las sirenas de la nave, anunciando su partida, con la mano derecha envuelta en un pañuelo golpeó en uno de los cristales. Como imaginaba, el ruido fue ahogado por el del barco y los vidrios no cayeron al interior de la vivienda, sino que quedaron en la cortina.

Pudo introducir la mano y recorrer la falleba que permitía abrir la claraboya. Después, siempre muy despacio para no asustar a su mujer que, sin duda, se hallaría despierta esperándole, fue retirando los cristales y poniéndolos sobre el tejado para correr la cortinilla y, en silencio, saltar a la cocina, que se hallaba a oscuras, iluminada solamente por el resplandor de la luna.

Escuchó, con una sonrisa de triunfo al imaginar el fracaso de los hombres a sueldo de Giovanni si se hallaban vigilando la entrada del edificio, y anduvo para penetrar en el comedor de la casa, también desierto y en tinieblas.

Con un mal presentimiento, pero diciéndose que quizá Susan se encontrara en la habitación, acostada ya, penetró en la alcoba. La cuna vacía y la cama de matrimonio sin deshacer le hicieron estremecerse.

¿Qué había ocurrido?

Despreciando ya todas las precauciones, encendió las luces. Sobre la mesa de comedor, donde su esposa acostumbraba a dejarle la cena las pocas veces que no le esperaba despierta, vio una cuartilla, de la que se apoderó con avidez y una pistola de mediano calibre, con tres cargadores de repuesto.

Leyó trémulas las manos:

«A LAS DOCE, EN EL GARAJE DE LA AVENIDA DE LA REINA FAUNES».

La letra no era de su esposa, que él conocía sobradamente por la correspondencia cruzada de novios en su breve estancia en los Estados Unidos al finalizar la guerra.

Crispó los puños con ira. ¡Pobres de los que se atrevieran a hacer daño a Susan y a Ivette!

¿Qué significaba aquello? ¿Quién le daba una pista, facilitándole un arma para su mejor defensa?

¿Qué poderes misteriosos le rodeaban convirtiendo su vida en un infierno de temores, de peligros, de angustias?

Apagó las luces ante el temor de delatar su presencia, y en la oscuridad, esforzándose por serenarse, quiso descifrar el enigma, sin conseguirlo.

Al oír once campanadas en el reloj de torre de la iglesia de San Martín, se puso en pie. Nada ganaba torturándose. Si la cita era una trampa, pronto sus enemigos se arrepentirían de ello.

Buscó, en vano, señales de violencia, y con un gesto de fría resolución en el rostro, se dirigió a la cocina para lavarse el rostro, la cabeza y el

tórax.

El agua terminó de sosegar a Edward, quien se puso una camisa limpia y tomó de entre el colchón de la cuna de su luja cien mil francos de los quinientos mil que había ocultado allí. Al ir a guardarse la pistola y los cargadores extrajo una bala y separando el plomo del casquillo comprobó que contenía pólvora, que los proyectiles estaban listos para matar.

De uno de los armarios sacó pan y un trozo de queso así como media botella de vino, y de nuevo en el comedor, en tinieblas, comió sin apetito, como un penoso deber. El hambre que le asaltó mientras atravesaba la ciudad le había desaparecido y cada bocado le costaba un tremendo esfuerzo.

A las once y cuarto, luego de cambiarse de ropa, dudó unos segundos sobre si abandonar el domicilio utilizando el portal, con el deseo de ser abordado o seguido por los hombres de Giovanni, en el supuesto de que se encontraran al acecho, o utilizar de nuevo, el camino de tejas.

Se decidió por esto último ante el temor de que cualquier contingencia le privara de acudir con puntualidad a la cita del garaje de la avenida de la Reina Faunes.

Ya en la calle Baria tomó un autobús, situándose en la plataforma posterior para que nadie pudiera verle con claridad el rostro.

El vehículo por los boulevares Carabacel y Cimiez, que bordean la zona residencial de la ciudad, salpicada de jardines, se detuvo en la avenida Victoria, a unos trescientos metros del lugar de la cita y cuando aún faltaban veinte minutos para las doce.

Edward se había provisto de un afilado cuchillo de los utilizados por la Infantería de Marina, que conservaba en casa, recuerdo de la guerra, y que llevaba entre la camisa y el pantalón, oculto por la chaqueta.

Anduvo despacio. La iluminación en aquel sector era deficiente debido a las grandes zonas verdes.

El garaje que pudo identificar por ser el único que había a lo largo de la avenida, se hallaba en la esquina de Reina Faunes con la rue du Parc Liserb.

Era un edificio de tres plantas dedicado más a la reparación, engrase y limpieza de automóviles que a servir de garaje propiamente dicho, debido a que casi todos los que habitaban en la zona residencial guardaban los automóviles en sus propios chalets.

Medio oculto por el grueso tronco de un castaño, Edward vigilaba la gran puerta metálica, cerrada herméticamente, al parecer.

¿Encontraría allí a su mujer y a su hija? ¿Le esperaría la muerte?

Newman, con la pistola empuñada en el interior del bolsillo lateral de la americana, se dispuso a averiguarlo a cualquier costa...

CAPÍTULO VI

Los minutos se volvieron siglos para el que dudaba sobre la forma de actuar. La nota que había encontrado en su casa le citaba para las doce en aquel sitio, pero sin darle más instrucciones. Quizá en su momento algo imprevisto se produciría.

¿Se trataba de una trampa de Giovanni Gronchi? La idea de enfrentarse al *gangster* en igualdad de condiciones le llenaba de íntima satisfacción. ¡Iba a devolverle el trato recibido en su propia moneda! Desechó la idea por absurda.

Las manillas del reloj de Edward marcaban las doce y un minuto cuando el joven pudo ver una puerta pequeña, situada en uno de los laterales del gran cierre metálico se abría.

Newman esperaba ver salir a alguien de un momento a otro, pero ello no se produjo.

El silencio era absoluto. También la soledad de la calle.

Edward pensó que alguien desde el interior le invitaba a entrar. Con un estremecimiento fue acercándose al garaje. Quizá apenas penetrara recibiese una descarga. Se dispuso a evitar tal peligro, procediendo con audacia.

Saltó como un bólido para caer hecho un ovillo dentro del garaje. Apenas lo hubo hecho, una voz conocida le ordenó:

—¡Cierra a tu espalda y no temas! ¡Nada te sucederá a no ser que me desobedezcas!

Edward hizo lo que sé le indicaba mientras sonreía, con un gesto de triunfo en sus labios. Su interlocutor no imaginaba quizá, que le identificó plenamente. Fue a protegerse detrás de un automóvil, pero la misma voz le dijo:

—Avanza diez pasos y párate. Por si no lo sabes, te diré que te estoy enfocando con un proyector de luz negra y te veo como si fuese de día.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—¿Ya no me tuteas? En nuestro primer diálogo en la escalera sí lo hiciste. Ello indica que sabes perfectamente quién soy, lo que te convierte en más peligroso.

Newman, intuyendo una clara amenaza en las palabras de su enemigo, saltó a la derecha, ocultándose detrás de una furgoneta metálica. Si pudiera arrastrarse y localizar por la voz al que volvía a hablarle en las sombras.

—¡No seas estúpido! No me obligues a matarte. ¿No tienes curiosidad por saber para qué te he citado aquí?

—Si. ¿Y mi mujer y mi hija?

—En sitio seguro. No temas. No les ocurrirá nada. Cuéntame qué te ha sucedido. He visto moraduras en tu rostro y alguna herida. Esto te convencerá de que no fanfarroneo al decirte que utilizo la luz negra. Durante la última guerra la usaron los alemanes. ¿Recuerdas?

—Demasiado. Tenía de usted otro concepto. Siento que se haya convertido en un asesino. Le admiraba.

—Yo también a ti. Eras el mejor soldado de la División. Te propuse para la Medalla de Servicios Distinguidos pese a conocer tus antecedentes. He de felicitarte por haberte apartado de todo aquello.

Edward palideció ante el recuerdo de las duras horas vividas.

—No se lo debo a mí país. Después de ser desmovilizado ninguna empresa quiso admitirme. Mis antecedentes les asustaban.

—Fuiste un *gangster* de los más peligrosos, Edward, aunque solo en una ocasión y por un delito insignificante pudieron encerrar. Te cogieron con armas y sin licencia para usarlas. ¿Utilizaste el mismo truco de Al Capone?

—Es posible.

—Días más tarde de tu detención tus más peligrosos enemigos eran asesinados. Nada pudo probársete. Tu coartada era perfecta. Además, no corriste ningún peligro. ¿Por qué abandonaste la senda del delito?

—¿Para eso me ha llamado? —gruñó Newman—. El pasado solo me importa a mí. Quiero saber dónde están Susan e Ivette.

—Te repito que a salvo. ¿Por qué te convertiste en un ciudadano honrado ateniéndote a un sueldo exiguo? Me interesa la respuesta.

—¡No le contestaré!

—Lo harás. ¿Necesito decirte por qué?

—¡Maldito seas!

La voz sonó con un matiz sarcástico, al decir:

—¡Vaya! Veo que vuelves a llamarme de tú. ¿Ya no te inspiro respeto?

—Ninguno. Eres un asesino. Peor que una fiera.

—¿Cómo fuiste tú?

El silencio fue largo. Edward, inmóvil, tardó unos segundos en responder. Por su memoria desfilaron los trágicos sucesos de que fue protagonista en Nueva York, días antes de incorporarse voluntario a la Infantería de Marina, buscando la muerte.

—En una lucha de *gangs*, en la que intervine, matamos a una niña de diez años, que cruzó la calle, asustada, cuando el tiroteo era mayor. Recibió tres proyectiles en el pecho. Vi a su madre salir en su busca, despreciando el peligro. También la mataron. Entonces sentí asco de mí, de mi vida llena de crueldades y de odios. Aún ahora, después de tantos años, hay noches que sueño con esa niña ensangrentada.

—Comprendo. ¿Quién la mató?

—No lo sé. Yo no, desde luego, porque vi a la pequeña y dejé de disparar, pero me considero tan responsable como el que lo hizo. Quizá

fuera una bala perdida. ¿Has satisfecho tu curiosidad?

—Si. Te redimiste en la guerra, con tu valor.

—¿Solo me has citado para esto? ¿Te dio miedo ir a mí casa?

—Está vigilada por los *gangsters* de Giovanni Gronchi. Sé que ellos te raptaron porque uno de mis hombres vio cómo te obligaban a subir al coche, aunque le fue imposible seguirte, pues el vehículo que te conducía se perdió entre el tránsito. Cuéntamelo todo.

Edward comenzó a hablar y mientras lo hacía intentó moverse a la izquierda, pero fue interrumpido:

—¡Permanece quieto! ¡Es mi última advertencia!

Obedeció. No le quedaba otro remedio. Si aquel individuo, cuya identidad conocía, se apoderó de su mujer y de su hija, le necesitaba para rescatarlas.

Continuó su relato y al terminar, dijo:

—La amenaza de matar a Susan y a Ivette selló mis labios. Hubiera muerto sin pronunciar palabra.

—¿Me reconociste en la Estación Central?

—No. Tampoco en la escalera. La voz y el rostro me eran familiares, pero, ¡cómo pensar que te hubieses convertido en un criminal!

—Yo tampoco lo supuse nunca.

Newman creyó adivinar un tono de burla en las palabras del que le hablaba.

—¿Te divierte lo que ocurre?

—No. Vamos ahora a lo que importa. Te ofrezco dos caminos, uno de los cuales, necesariamente, tienes que aceptar. ¡No hay opción para otra cosa!

—Si.

—Primera solución: abandonar Niza y reunirse con tu mujer y la niña, pero con la promesa firme de olvidarte de lo que ha sucedido y de no volver a esta ciudad hasta que no se te autorice.

A Edward le pareció mentira lo que escuchaba.

—¿No te burlas de mí?

—¡Deja de tutearme! ¡Estoy harto de que lo hagas!

—Perdone, señor.

Newman había respondido mecánicamente, arrepintiéndose tarde de haber pronunciado la palabra «señor».

—La otra proposición es que colabores conmigo para acabar con Giovanni Gronchi y su grupo de asesinos. Debo advertirte que arriesgarás tu vida.

—¿No cabe una solución intermedia? —inquirió Edward.

—¿Cuál?

—Ver a mi esposa y a mi hija, y después ponerme a sus órdenes. No es mucho lo que pido.

—Arriesgarías inútilmente sus vidas. Escucha, Edward; nos

enfrentamos a hombres sin escrúpulos, a seres muy organizados, no solo en Francia, sino en Italia y en los Estados Unidos. La organización tiene ramificaciones en todo el mundo. Pueden seguirte.

—¿Por qué no habla claro? ¿Discuten la supremacía de zonas de actuación?

—Es posible. Tienes que confiar en mí, como entonces.

Newman sintióse invadido de ira. Sus palabras sonaron mordaces, ofensivas:

—¿Confiar en un asesino? No soy un ingenuo. Lo que me propone es una estupidez. ¡Yo le vi matar a un hombre! No le considero una hermana de la caridad.

Durante la guerra, patentizó su eficacia preparando a los hombres para eliminar al enemigo. Ahora sé que si yo, mi mujer o la pequeña le estorbamos, no vacilará en suprimirnos. ¿Puedo pensar de otro modo, si usted se obstina en guardar silencio? ¡Creo que tiene a mí familia como rehén y eso le va a costar caro!

Edward se había puesto en pie, prescindiendo de precauciones. La respuesta tardó unos minutos en producirse.

—Lo mejor será que vayas con los tuyos, pero te prevengo que no te permitiré que regreses a Niza, aunque tenga que encerrarte una temporada. De Giovanni Gronchi me encargaré yo. Piensa que quizá el Destino te ha colocado en una encrucijada vital. No puedo darte explicaciones. ¡Ya no eres el hombre que eras! Por salvar a Susan o a Ivette serías capaz de traicionarlo todo. ¿Me equivoco?

—No —repuso el interrogado, con voz bronca.

—Si quieres vengarte habrás de actuar sin conocer más que lo indispensable.

—¿Qué en este caso es...?

—Dejarte cazar de nuevo por tus enemigos, soportar un duro interrogatorio, y al fin, fingir que te han vencido confesando la verdad, mi nombre y cuanto sepas. Los planes han cambiado. Es preciso que Giovanni sienta pánico y que se disponga a actuar a la desesperada o a huir. Me propongo realizar una redada, sangrienta si es preciso, y para ello necesito que se ponga en contacto con todos sus hombres para tener la certeza de dónde ha instalado su cuartel general y los talleres de falsificación. No te pido que seas un héroe, pero necesito que te arriesgues y...

—No. Gracias. Ya hice bastante de carne de cañón en el Pacífico. Terminada la guerra me propuse ser feliz, no mezclarme en nuevas violencias. Tal vez haya clases entre asesinos, pero yo no llevo viviendo años de un sueldo corto para destrozar otra vez mi vida, que quiero sencilla y feliz. Ya he decidido. Acepto sus condiciones de reunirme con mi esposa y esperar órdenes de volver a Niza en el momento oportuno, a mí casa y a mí trabajo, si es que me guardan el puesto. De no ser así,

tampoco me importa. Encontraré otro empleo.

—¿Vas a dejar sin réplica a Giovanni?

—Si.

—Mucho has cambiado, Edward Newman, antiguo *gangster*.

—Antiguo. Usted lo ha dicho.

El joven pudo advertir desilusión en la voz del que le hablaba oculto en la sombra.

—Te creí más valiente. ¿Has pensado que puedo obligarte a que colabores conmigo?

—¿Va a quitarse de una vez la careta demostrándome que es igual o peor que Giovanni Gronchi?

—No. No lo haré. Dentro de dos horas habrá un coche a la puerta de este garaje. Un hombre a mis órdenes te conducirá al sitio que desees. No será largo tu voluntario destierro de Niza, aunque me obligas a variar mis proyectos. Veo que confié estúpidamente en ti.

No hubo pausa alguna entre las palabras del misterioso interlocutor y Newman, que se complacía en irritar a su interlocutor.

—Esa es la palabra exacta: estúpidamente. Adiós.

—¡Espera!

Newman, que había iniciado el camino hacia la puerta, se detuvo, inquiriendo, seca la voz:

—¿Para qué?

El silencio fue largo. El joven dedujo que el hombre que había asesinado al individuo de la maleta negra, dudaba si decirle o no algo de importancia.

—¿Colaborarías conmigo si te demostrara que...? Edward le interrumpió con aspereza y sarcasmo:

—¿Qué es un ángel con metralleta, que soñé el asesinato de la Estación Central? ¡No sea ingenuo! Me repugna la violencia. Se lo he advertido antes. Me da la impresión de que no se resigna a prescindir de mí, de que su soberbia le impide reconocer un fracaso. ¡Ya no soy un soldado a sus órdenes! Cuando tengo un arma en la mano, como ahora, pienso en la niña a la que vi morir en Nueva York, y tiene siempre el rostro de mi hija. ¡Voy a hacerle una advertencia! ¡Si a Susan o a Ivette les ocurre algo, le buscaré, y le aseguro que seré capaz de mover toda la tierra para encontrarle! Dentro de dos horas estaré aquí. Deseo, por usted, que cumpla lo prometido. ¡No me obligue a convertirme en una fiera sedienta de sangre!

Había más angustia que amenaza en las palabras de Newman, quien esperó, en vano, la respuesta. Por ello, ya casi en la puerta de salida, inquirió:

—¿Algo más?

—Nada —fue la réplica—. Si te caza Giovanni, no me interesa que silencies mi personalidad. Aún confío que cambies de opinión y te decidas

a vengarte.

—Pierda la esperanza.

Cuando Newman se encontró de nuevo en la calle, se dijo, con un suspiro de alivio, que para él la pesadilla había terminado. Una vez que se reuniera con Susan e Ivette escaparían los tres para ocultarse en cualquier pueblecillo del interior de Francia. Los quinientos mil francos les permitirían rehacer sus vidas.

Animado con tal propósito, anduvo con rapidez hasta el autobús, que le condujo a las inmediaciones de su domicilio, reprochándose no haber tomado todo el dinero con anterioridad. No lo hizo por el temor de que la cita fuera una encerrona. Deseaba que su esposa, en caso de morir él, pudiera servirse de esa suma para iniciar de nuevo su vida.

Le fue fácil repetir su caminar por los tejados, merced a que los portales de aquel sector de la ciudad no se cerraban durante la noche.

Al saltar a la cocina, se inmovilizó. Le había parecido escuchar ruido en el comedor. En efecto, no se equivocaba. No era una falsa alarma. Alguien hablaba, y acercándose a la puerta que unía ambas habitaciones, aguzó el oído:

—No fue mala la idea del jefe de esperar a ese tipo aquí dentro. Lo único molesto es la prohibición de encender la luz. Hubiéramos podido matar el tiempo con las cartas.

—De todas formas, se está mejor que en la calle. Llamábamos demasiado la atención. Ese Edward no sabe que nos estamos bebiendo su vino. ¡Tiene mucho interés el jefe en cazarle! No olvides que no podemos fracasar.

—Sí. No quisiera enfrentarme a él para decirle que nos ha burlado. Es el único eslabón que nos une con el tipo de la maleta negra, al que seguíamos. Giovanni está muy nervioso, cosa rara en él, que jamás pierde la calma.

Al oír al segundo de los hombres e identificar por la voz al odiado Robert Padovan, Newman crispó los puños con ira. Debió adivinar algo semejante.

Por unos segundos, el hombre que había decidido firmemente no complicarse en violencias, sintió tentaciones de alcanzar de nuevo el tejado y huir, pero necesitaba apoderarse de los cuatrocientos mil francos que guardaba en la alcoba. La idea de devolver a sus enemigos el trato recibido, le hizo decidirse.

Edward quiso convencerse de que si atacaba lo hacía con el único objeto de tomar el dinero que le garantizaría su independencia económica y la posibilidad de rehacer su vida lejos de Niza, para lo cual era preciso que cruzase el comedor en el que se hallaban los *gangsters* a sueldo de Giovanni Gronchi; pero comprendió, y hubo de admitirlo, que más le guiaba el afán de venganza.

—¿Crees que vendrá, Rob?

—Si. Está muy enfaldado con su mujer. Me extraña no haberla encontrado aquí. Tal vez le haya ordenado, por cualquier procedimiento, que se aleje, pero él vendrá. Es un tipo duro al que parece que no le asusta el peligro. Me imagino que andará por los alrededores. Cuando se convenza de que no hay vigilancia en la calle, se creará a salvo. ¡Ignora que es entonces cuando se encontrará con nosotros! ¡Tengo ganas de ponerle la mano encima! Nuestra obligación es esperar. Quizá un día o cinco, pero al fin tendremos éxito. En el maletín hay provisiones para una semana.

—¡Si pudiéramos fumar...!

—Solo en el retrete y con la ventana abierta. No conviene que nos delate el humo. Voy a dar una cabezada. Tú permanece atento. Dentro de un par de horas o tres me despiertas.

Se hizo de nuevo el silencio.

Pese a que la sangre le hervía y un odio feroz inundaba sus venas, Edward, junto a la puerta que enlaza el comedor con la cocina, comprendió que era mejor que esperase un rato a que Robert Padovan hubiese conciliado el sueño, o al menos, estuviera amodorrado.

No despreciaba a sus enemigos, a los que sabía hombres peligrosos, sin escrúpulos.

Acarició la culata de la pistola, dominado por ansias homicidas, pero tal idea fue desechada, no sin esfuerzo. Le constaba que la Ley consideraba asesinos a todos los que se tomaran la justicia por su mano, fueren cuales fueren las víctimas. Tan solo se exceptuaban los casos de legítima defensa, y ello no podría alegarlo él, pues pensaba sorprender a los *gangsters*, sin darles tiempo a reaccionar. Ahora, cuando estaba a punto de reunirse con su mujer y su hija, no quería correr riesgos.

¿Cómo era posible que existieran monstruos semejantes a Giovanni Gronchi?

La pregunta le hizo sonreír con amargura. Él, en una época ya lejana, tampoco tuvo conciencia y fue implacable con sus enemigos.

El pasado tornó a asaltarle. Evocó su niñez en el orfanato, sin cariño de nadie, recibiendo la fría caridad de los encargados de su tutela. Después, sus años de juventud, merodeando por el barrio del puerto, sin querer someterse a la disciplina de un trabajo honrado, ambicionando aquello que veía disfrutaban los demás. Por eso aceptó, con entusiasmo, cuando le propusieron ingresar en un *gang*, en el que destacó pronto por su inteligencia, cosa poco común entre los asalariados del mundo del delito.

Despacio, pero con paso firme, fue escalando los puestos de confianza de la organización criminal, hasta que pudo formar su propia pandilla, siempre sin salirse de la línea marcada por los jefes supremos del crimen, amparados por personajes políticos en no pocos casos.

Y así llegó a ser, con el tiempo, el Edward Newman, Eddy para sus íntimos, famoso y temido hasta aquella lucha callejera en la que

comprendió muchas cosas, solo intuitas, y víctima de crueles pesadillas, incapaz de dormir, teniendo que recurrir a drogas, se alistó en la Infantería de Marina, con el afán de hacerse matar.

Pero la muerte no acude cuando los hombres la llaman, sino cuando es llegado su momento.

Pensó después en su encuentro con Susan durante el avance por Francia, en su amor por ella, en su lucha por, una vez licenciado, conseguir un puesto de trabajo en Nueva York, y, al fin, en su viaje a Francia, donde únicamente pudo obtener el empleo de mozo de mercancías en la Estación Central de Niza.

Se nacionalizó francés, harto de una patria que le negaba la regeneración, que se le mostraba hostil.

En los labios de Edward había una sonrisa al evocar su matrimonio con Susan, y, sobre todo, el nacimiento de la pequeña Ivette...

Reaccionó. Había pasado casi un cuarto de hora desde que penetró en su domicilio y era necesario que actuase para poder llegar de nuevo al garaje de la avenida de la Reina Faunes, al coche que le conduciría junto a sus familiares.

Desechó la pistola, por demasiado ruidosa, y empuñó el largo y afilado cuchillo. Era preciso que evitara el ruido, a fin de impedir la actuación de la policía.

Muy despacio fue abriendo la puerta. Por fortuna, no chirriaron los goznes, bien aceitados por Susan, a quién ponía nerviosa tal ruido, y desde la cocina, merced al resplandor de la luna que penetraba por el ventanal, divisó a un individuo, sin duda Robert Padovan, que dormitaba de bruces sobre la mesa, mientras otro hombre, de rostro desconocido, de perfil, permanecía inmóvil.

Fue a avanzar, pero el que montaba la guardia se puso en pie y, desperezándose, paseó por la habitación, sin producir el menor ruido. Newman comprendió que aquel individuo se había descalzado, tal vez para estar más cómodo, quizá para evitar que sus pasos fueran escuchados por los que habitaban en el piso inferior.

En mangas de camisa, con el cuello desabrochado, sin corbata, el *gangster* llevaba unas correas cruzándole el torso para sujetar la pistola, que pendía del costado izquierdo.

En la mano derecha el cuchillo y en la izquierda la automática, cogida por el cañón en forma de maza, Edward esperó el momento oportuno, que no tardó en presentársele al darle la espalda su enemigo.

Saltó sobre él con rapidez, golpeándole en la nuca. Después, y aun antes de que cayera al suelo, tan velozmente actuaba, Newman, guardando la pistola en el bolsillo lateral de la americana, puso el puñal en la garganta de Robert Padovan, que se incorporaba sobresaltado:

—¡Quieto, Rob, o te mato!

Los ojos del *gangster* se agrandaron por el asombro y el miedo.

Exclamó:

—¡Tú! Ese estúpido debió quedarse dormido y...

—¡Eso no importa! ¡Vuélvete!

Deliberadamente, Edward presionó el arma blanca, que se clavó unos milímetros en el cuello del bandido, que sintió el escozor de la leve herida, mientras un estremecimiento le recorría el cuerpo.

—¡Haré lo que me pides!

Padovan se volvió con lentitud, aparentemente vencido, para, de forma imprevista, agacharse intentando desenfundar la pistola que llevaba en la funda axilar.

Newman, a su pesar, consciente de lo que se jugaba, a la desesperada, empujó el acero, que atravesó la garganta de Robert, matándole en el acto, sin permitirle consumir con éxito el acto de resistencia.

Un borbollón de sangre surgió de la herida, cuando Edward sacó el cuchillo. Mientras limpiaba la hoja en la americana del que ya era cadáver, pensó que pudo más el miedo a presentarse derrotado delante de Giovanni que la amenaza directa.

Miraba Edward el cuerpo de su enemigo, con expresión de tristeza, sin sentir gozo por la venganza, cuando un ruido a su espalda le hizo volverse con rapidez.

El otro *gangster*, al que suponía desvanecido, se lanzaba sobre él empuñando la pistola y con el propósito de pegarle a traición.

Edward esquivó la acometida en un increíble esguince, derribando la mesa, y después no tuvo más remedio que matar. Si vacilaba era hombre perdido.

Extendió el brazo y el acero penetró en el lado izquierdo del tórax de su adversario, a la altura del corazón. El *gangster*, al que no debió golpear anteriormente con demasiada fuerza, se quedó quieto de pronto, con los ojos desorbitados por el terror, mientras la camisa se le empapaba en sangre, para desplomarse después como un pelele, sin un gemido.

Todo había sucedido con tanta rapidez que Edward, confuso, desconcertado, experimentó un miedo feroz, algo nunca sentido con tanta intensidad, que le paralizaba los miembros, impidiéndole pensar.

Era indudable que debía su salvación a la orden tajante de Giovanni Gronchi de apresarle vivo. Su enemigo tuvo tiempo para dispararle por la espalda.

Aturdido, Newman se esforzó en serenarse. Eran absurdos los reproches.

Le acongojó saber que de nuevo estaba inmerso en la violencia, que se prometió evitar después de su matrimonio.

Pero en el joven se impuso, una vez más, el hombre de acción, y con paso rápido, no sin antes guardarse el arma blanca, penetró en el dormitorio para apoderarse de los cuatrocientos mil francos que fue a buscar.

Volvió al comedor y se dijo que era necesario que borrara las huellas de las dos muertes. Ocultó entre el pantalón y la camisa la pistola de Robert Padovan y puso a los cadáveres los zapatos y las americanas.

Su empleo de mozo en la Estación Central le había hecho conservarse en plenitud de facultades físicas, ya que su cotidiano trabajo era rudo. En no pocas ocasiones veíase obligado a realizar grandes esfuerzos para trasladar mercancías.

No sin repugnancia, colocó los cadáveres sobre la ventana de forma que bastase un empujón para lanzarles al vacío. Hizo lo mismo con el maletín, cargado de conservas, que había en uno de los extremos de la habitación, y después limpió con un trapo húmedo las manchas de sangre, que hizo desaparecer en el gabinete.

Solo quedaba impulsar los cadáveres a la calle y limpiar con un nuevo trapo las huellas que en el alféizar hubieran quedado. Lo hizo para, deshaciéndose de la tela como la vez anterior, subir de nuevo al tejado, mientras el ruido de los cuerpos, al reventarse contra la acera, le hacía crisar los dientes. Le recordó el que produce un sapo al ser aplastado por una bota. Experimentó náuseas y estuvo a punto de vomitar, pero pudo rehacerse y correr por la techumbre.

Ya descendía a la buhardilla cuando oyó el silbato de un sereno que, sin duda, acababa de descubrir los cuerpos. Tuvo tiempo de alcanzar la calle y alejarse de allí antes de que la calle Saincaire se poblara de gendarmes.

Mientras se dirigía al lugar de la cita, concertada en tinieblas en el garaje, Edward miró su reloj de pulsera. Le quedaban aún treinta y cinco minutos, tiempo más que suficiente para hacer el recorrido a pie.

A la luz de una de las farolas del alumbrado público, se miró las manos, comprobando que estaban limpias de sangre.

Por vez primera, advirtió tirantez en el rostro. Sin duda, las heridas recibidas en la colina de San Sylvestre iniciaban su proceso de cicatrización.

A medida que caminaba, Newman sintióse el hombre fuerte, de lucha, habituado a salir con bien de todos los peligros. No le remordía la conciencia haber eliminado a Robert Padovan y a su cómplice, y experimentaba el deseo de liquidar también a Giovanni Gronchi, a Jeoffrey Egan y al repulsivo Jasper Novak, un cerdo envuelto en grasa, una deforme bola de manteca.

Pronto reaccionó. Tenía que evitar, a toda costa, complicarse en nuevos crímenes. La solución de su vida, el único medio de apartarse del sendero de la violencia, estaba en reunirse con su esposa y su hija y huir a un sitio ignorado de todos, para vivir en paz como lo había hecho desde que terminó la guerra.

Pese a que Niza se hallaba casi desierta, Newman evitó las calles concurridas. De vez en vez, pasaba un automóvil, quizá llevando, de

regreso a sus domicilios, a los que frecuentaron espectáculos nocturnos o consumieron sus horas en el casino, junto a la ruleta, tentando a la suerte.

Diez minutos antes de la hora prevista se hallaba de nuevo oculto tras uno de los árboles, frente al garaje, que se encontraba, como la vez anterior, cerrado.

La idea de que el asesino del hombre de la maleta negra le hubiese tendido una encerrona, avisando a Giovanni Gronchi, le hizo retroceder y alejarse unos metros, sin perder de vista el lugar de la cita.

De nuevo la espera fue angustiosa. Sin embargo, Edward, que apretaba la culata de la pistola en el interior del bolsillo de su americana, no experimentaba temor ninguno. Si era necesario, volvería a matar. Las vidas de Susan y de Ivette valían más que las de todos los indeseables del mundo.

No. No le importaría sembrar la muerte a su alrededor si ello significaba el hallazgo de sus seres queridos.

Más tranquilo con respecto a su futuro, vio abrirse la gran puerta del garaje para dar paso a un vehículo negro, un «Studebaker» no muy moderno, pero de gran cilindrada, que se situó junto a la acera. Newman pudo advertir que había un hombre al volante y se acercó, no sin precauciones. Dijo al chófer, un individuo recio, de mentón cuadrado, con aspecto de luchador:

—Soy Edward Newman. ¿Me espera?

El interrogado le miró con un gesto, indescifrable para el joven, pero que no le gustó.

—Suba. Atrás, no. A mi lado. No me agrada tener a nadie a la espalda.

—Es buena precaución.

—Gracias a ella vivo. Mantenga cerrado el pico. No soy hablador.

Newman frunció el ceño, con expresión enojada, pero no replicó. Había algo en aquel hombre que le impresionaba. Era uno de esos seres que nacen para mandar y ser obedecidos. El conoció muchos durante la guerra. Casi todos los oficiales tenían ese aire altanero, de innegable superioridad.

Hosco, se acomodó junto al volante. Encendió un cigarrillo, con pulso firme.

—¿Quiere? —ofreció.

—Fumaré del mío. No se esfuerce en hacerse agradable, porque me da náuseas.

Edward experimentó el deseo de arrojarse sobre aquel individuo y destrozarle la cara a puñetazos, pero se contuvo. Era el enlace entre él y sus familiares. Inquirió:

—¿Puedo saber al menos cuál es su nombre? —inquirió, agresivo.

—¿Para qué?

—Para, a mí vez, recordarle con asco, en justa correspondencia. ¿Quién diablos se ha creído qué es?

El interrogado, sin contestar, puso en marcha el vehículo. Después, dijo:

—Me llamo Timothy Looy. Si le caza Giovanni Gronchi, no vacile en decirle mi nombre y le verá temblar.

—¿Por qué ha de cazarme? ¿Piensa usted tenderme una encerrona para que lo consiga?

No obtuvo respuesta. El automóvil, diestramente conducido, atravesó a gran velocidad el barrio residencial de Niza para enfilarse en la carretera que, bordeando la costa, enlaza la ciudad con Villefranche.

El tránsito era casi nulo, por lo que la aguja, en no pocas ocasiones, llegaba a marcar las setenta millas. El que dijo llamarse Timothy Looy, apenas si aminoraba la marcha en las curvas. Las ruedas chirriaban en los virajes.

—¿Conduce siempre tan deprisa?

—Supongo que tiene ganas de ver a su mujer y a su hija.

Edward miró con asombro a su interlocutor para, después, ironizar:

—¡Vaya! Son palabras de un ser humano. ¿Por qué no le gusto? Siento curiosidad por saberlo.

La respuesta no tardó en producirse.

—Me repugnan los *gangsters* y no creo en su regeneración.

—¿No se mira usted al espejo? ¿Acaso no es un asesino o, al menos, cómplice de ellos?

Una sonrisa enigmática se dibujó en el rostro de Timothy.

—No me disfrazo de cordero ni me asusta el peligro. Mal le trató Giovanni.

—Sí, y no por mí culpa.

—También me dan asco los tipos que se dejan pegar y se esconden a la hora de vengarse.

Los dedos de la mano izquierda de Newman se clavaron con fuerza en el brazo de Timothy.

—¿Me está llamando cobarde?

La respuesta seca, cortante, no tardó ni diez segundos en producirse:

—Sí. ¡Suélteme, y no me toque! No quiero verme obligado a desinfectar mi ropa.

El insulto era tan evidente que Edward, enfurecido, exclamó:

—¡Pare el coche! ¡Tengo que partirle esa asquerosa cara!

Timothy Looy, consecuente con las órdenes recibidas, repuso:

—Disfrutaría dándole una paliza, pero retrasaríamos nuestro viaje. Pronto estará a salvo, metido entre las faldas de su mujer, como un perro asustado.

El automóvil se desvió de la carretera principal para internarse por un sendero ancho, pródigo en baches, flanqueado por altos abetos.

El pensamiento de que dentro de unos minutos podría abrazar a Susan y a Ivette, segó, en flor, la dura réplica que asomaba a los labios de

Newman. Timothy, de pronto, pisó a fondo el freno, mientras exclamaba:
—¡Cuidado! ¡Hay algo que no me gusta!

CAPÍTULO VII

Mientras se apeaba, en la diestra de Looy apareció, como por arte de magia, tan rápido fue su movimiento, una «Parabellum». Edward miró a una casa de campo, que se hallaba a unos cien metros de distancia. ¿Qué era lo que motivaba la alarma? Manifestó en voz alta su pregunta y la respuesta no le pareció satisfactoria:

—Están las luces encendidas. ¿No ve el resplandor a través de las ventanas? Son cerca de las tres de la madrugada y todos deberían dormir.

—Susan, no. No habrá podido conciliar el sueño, esperándome.

—Ella no sabe nada.

Newman, inquieto al oír tales palabras, esgrimió la automática y dejándose arrastrar por un funesto presentimiento, a pecho descubierto, pálido como un cadáver, avanzó unos metros. Timothy, reteniéndole por un brazo, le dijo:

—Déjeme actuar a mí. Venga a mí lado. Vea. La puerta está abierta. ¡Es imposible que nadie conozca este escondite! ¿Dónde va? ¿Se ha vuelto loco?

Edward, desasiéndose de un tirón, corrió hacia la rústica vivienda, sin pensar en posibles peligros, deseoso de saber la verdad. Looy fue tras él, maldiciendo la imprudencia de aquel loco, pero dispuesto a no abandonarle.

Cuando Newman entró en la casa, el silencio era absoluto. Atravesó un pequeño *hall* para enfrentarse a un cuadro estremecedor. En un lateral, de bruces en el suelo, bañada en sangre, se hallaba una mujer...

—¡Susan! ¡Susan! —gritó Edward, desesperado, mientras se inclinaba para volver el femenino cuerpo, estremecido por un sentimiento de horror...

★ ★ ★

Ronald Braddock colgó el teléfono. En sus ojos había una expresión de triunfo al mirar a su colaborador Walter Edel, de estatura media y rostro decidido.

—¡Al fin! —exclamó, jubiloso—. El inspector jefe, Colomars, acaba de recibir, de París, la orden de prestarnos el máximo apoyo, si lo solicitamos, para terminar de una vez con el caso que nos preocupa. Nos deja plena libertad de actuación. La policía estará sorda y muda cuando nos convenga. Ello confirma el mensaje de Washington. Colomars no sabe que con su conocimiento o sin él, nos hubiéramos lanzado de inmediato a una redada para terminar con esa pandilla de indeseables.

—¡Ya era hora!

—Si. De no haber sido por el hombre de la maleta negra, quizá hubiéramos tenido que actuar fuera de la Ley, en condiciones de inferioridad con nuestros enemigos. Ellos se defenderán a la desesperada. Creo que, al menos por esta vez, no me veré forzado a dedicarme a otra profesión —sonrió el comisario—. ¿Está seguro de no equivocarse, Walter?

—Por completo. Me costó confirmarlo, pero ahora tengo la certeza absoluta. Esos son sus únicos puntos de residencia.

Braddock, poniéndose en pie, puso su diestra sobre el hombro de su colaborador, en ademán afectuoso para, después, mientras iniciaba un nervioso paseo por el despacho, decir:

—Ha trabajado mucho y bien. Le felicito. Y me felicito, por tenerle a mis órdenes. Hoy es un día afortunado para todos. Por fin tenemos certeza absoluta del emplazamiento del cuartel general de Gronchi y los suyos, sin posibles errores. Washington nos presta su apoyo decidido, comprendiendo que la falsificación de moneda americana representa un grave quebranto a la economía. Y la economía, querido Walter, es hoy la que rige la política. Los pueblos, salvo excepciones, no tienen problemas políticos, sino económicos. Resuélvanse estos y la continuidad de las instituciones estará garantizada a perpetuidad. Me preocupa, sin embargo...

El comisario se detuvo, meditativo. Walter Edel le preguntó:

—¿Qué es ello?

—Temo que en esos hoteles no encontremos lo que necesitamos hallar, que sean solo los domicilios de Giovanni y los que le secundan. Nos interesa localizar a los que integran la organización dentro y fuera de Francia y apoderamos de las planchas que utilizan.

—También he pensado yo en eso, pero creo no equivocarme. De todas formas, hemos de correr el; riesgo. Si quiere, puedo cerciorarme intentando penetrar en los chalets.

—No. Es demasiado peligroso y, de descubrirle, se apresurarían a destruir las pruebas. Conviene mantener la vigilancia en espera del momento propicio. Ellos están inquietos. Ya sabes que han seguido a varios de nuestros hombres. No olvidemos que alguien nos advertirá en el momento preciso. Quizá él tampoco tenga certeza absoluta. Poniéndolos nerviosos, tal vez prescindan de precauciones y faciliten a nuestro agente la seguridad de no errar al informarnos.

—¿Cuándo atacaremos, comisario?

—Mañana por la noche. ¡Ya estoy harto de inactividad!

Walter Edel dudó unos segundos, antes de formular la pregunta:

—¿Va a pedir ayuda a la policía francesa?

—Nosotros nos bastaremos. Nuestros procedimientos son más expeditivos, menos formulistas. Les daremos un hueso no muy duro para

que se entretengan, eso sí —un profundo suspiro se escapó del pecho de Braddock—. ¡Me parece mentira llegar al fin de este asunto, después de más de un año de investigaciones!

—También a mí.

Los dos hombres callaron. Ronald Braddock sacó unos planos de uno de los cajones de su mesa de trabajo y los extendió sobre el tablero.

—Conseguí estas copias del arquitecto que construyó esos edificios. Debemos estudiarlos con atención. Un fallo puede sernos fatal.

—Sí, comisario. ¿No ha pensado cómo reaccionarán en Washington, cuando sepan que les hemos engañado?

Braddock miró a Walter con gesto de afecto.

—Si hemos triunfado, ¡y triunfaremos! no pedirán demasiadas explicaciones. Por eso no nos está permitido el lujo del fracaso. ¿Pretende recordarme que aún puedo verme obligado a cambiar de oficio?

Walter sonrió.

—No. Era un simple comentario. De todas formas, yo estaría inquieto por haber forzado a Washington a lanzarse a una campaña diplomática sobre París, al amparo de una falsedad. De descubrirse, o de tener nosotros un fallo, puede convertirse en un verdadero escándalo.

—Lo sé, pero no había más remedio. No se puede trabajar con los brazos atados por legalismos internacionales. Veamos estos planos, Walter. Mañana será una gran noche para nosotros.

—¿No esperamos a Tim?

—El posee otras copias y nos dará su criterio por separado. Observe. Los dos chalets son casi gemelos. Tienen la variante de...

Los hombres se enfrascaron en el trabajo. Lejano, un reloj de torre desgarraba lentas, solemnes, tres campanadas.

Niza dormía, pero a unos kilómetros de la ciudad...

★ ★ ★

—¡Virginia! ¡Es imposible!

Timothy Looy, que se había arrodillado junto a Edward, angustiado el semblante, preguntó, sin conseguir disimular la sorpresa:

—¿Conoce a esa mujer?

Una mueca amarga se dibujó en las facciones de Newman.

—Si... ¡Claro que la conozco! Llevaba muchos años sin verla. ¿Por qué está aquí?

—Acompañaba a Susan y a su hija.

Edward, como sacudido por una descarga eléctrica, se puso en pie. Sus ojos centelleaban de ira.

—¡No pudieron elegir peor! ¿No será este un truco para obligarme a hacer lo que no deseo? ¡Tuvieron tiempo de prepararlo!

—¿Un truco que cuesta una vida?

Los puños de Newman se crisparon, al responder:

—¡Qué importa un cadáver más! Interesa más que yo sirva de camada a Giovanni Gronchi para que haga lo que ninguno de ustedes tiene valor para realizar. Si.

¡He sido muy torpe! Lo han previsto todo. Lo de ahora también.

Timothy, que había permanecido encorvado hasta entonces, se irguió. Dijo, conciliador:

—No se excite, Edward. Aún no me explico cómo lograron descubrir este escondite. Comprendo de sobra lo que le ocurre, pero no se gana nada con situaciones extremas.

—¡Usted es incapaz de comprender! —escupió, más que dijo, Newman—. Si a los míos les ha ocurrido algo, prepárese a morir. No tendré piedad de usted ni de nadie.

Edward, separándose de Looy, tardó escasos minutos en registrar el chalet, sin hallar el menor rastro de Susan e Ivette. En una de las habitaciones había una cama deshecha. Las ropas en el suelo y una silla tirada eran señales de que alguien había opuesto resistencia. El otro dormitorio se encontraba intacto, sin huellas de que nadie hubiese dormido allí.

La sospecha de que todo había sido preparado para forzarle a actuar contra Giovanni Gronchi, iba adueñándose más y más de Newman, quien, al reunirse con Timothy, empuñaba su automática, dispuesto a saber la verdad a cualquier precio.

—¡Vamos! ¡Desembucha! Tú sabías que íbamos a encontrarnos algo parecido, ¿no es así?

El interrogado miró a su interlocutor sin inquietud.

—No. Estoy desconcertado. No acierto a explicarme lo que ha...

—¡Es inútil que finjas! ¡Te doy un minuto para contármelo todo! Durante el viaje no has hecho otra cosa, sino herir mi amor propio con el único objeto de que reaccionase en el sentido que deseabas y me lanzara a una lucha suicida por algo que no me importa en absoluto. ¡Maldito seas tú y los de tu ralea! ¡Si no hablas, voy a matarte como a un perro rabioso!

Vibraban de ira las palabras de Edward. Timothy, pálido, pero sereno, se dio cuenta de que corría un grave peligro. La excitación del hombre al que condujo hasta allí, era tremenda. La pistola le apuntaba con firmeza y en los ojos de Newman se adivinaba la decisión de matar.

—Ni sé ni puedo decirte más de lo que tú conoces. Para mí ha sido también una sorpresa.

—¡Mientes!

Timothy se encogió de hombros.

—No me esforzaré en convencerte de lo contrario, porque veo que es inútil. Vamos, dispara de una vez. Tuve razón antes al pensar que un *gangster* jamás se regenera. ¡Sigues siendo el mismo asesino de Nueva York!

Edward, ronca la voz, repuso:

—Vosotros me estáis convirtiendo, de nuevo, en un criminal. ¡Yo quería vivir en paz con mi mujer y mi hija! ¿Dónde las escondéis? ¿Dónde?

Había un marcado matiz de histerismo en las palabras de Newman. Timothy perdió la esperanza de salvarse, pero se dispuso a intentar algo, a la desesperada.

Muy despacio, creyendo no ser advertido por Edward, fue retrocediendo pulgada a pulgada con el deseo de situarse cerca de la puerta que enlazaba la habitación con el *hall*. Quizá pudiera saltar a la izquierda en el momento crítico.

—¡Si te mueves un milímetros más, te mato!

La fría decisión de las palabras de Newman inmovilizaron a Looy, el cual, comprendiendo que era inútil la resistencia, dijo:

—Alguna vez tenía que tocarme. ¡Vamos! ¡Asesíname! ¿A qué esperas? Lo único que conseguirás será perder para siempre a los tuyos.

Edward notaba el paladar reseco, los labios agrietados. Su voz sonó, ronca de angustia.

—Por última vez, ¿dónde están Susan y la niña?

—No lo sé.

—Peor para ti. Tú lo has querido.

Con el arma firmemente empuñada, Edward comenzó a curvar el dedo en el gatillo. ¡Sentía unos deseos vehementes de matar a aquel hombre, de matar a todos los que se cruzaran en su camino!

Miró a los ojos a su víctima y no pudo menos que admirar la serenidad de que hacía gala.

Durante unos segundos, que le parecieron siglos, luchó por saciar su sed de venganza, pero algo muy íntimo le gritaba que no se convirtiera en un asesino.

Fueron unos instantes de feroz pugna entre el bien y el mal. Al fin, bajó el arma muy despacio, mientras murmuraba:

—No... No...

Timothy Looy, acercándose a Edward, le puso una mano en el hombro.

—Perdona por haberte juzgado mal. Ahora pienso que sí es posible la regeneración de un *gangster*. Yo, en tu situación, tal vez no hubiera sabido dominarme.

—¡No necesito su comprensión!

—Sigue tuteándome. Te prometo que haré lo posible por ayudarte a recobrar a tu mujer y a tu hija. Ignoro lo ocurrido. Ahora no tengo por qué mentirte.

—Edward... Edward...

Los dos hombres se volvieron con asombro. La mujer, a la que imaginaron muerta, les miraba desde el suelo.

Newman, inclinándose, la alzó levemente el torso, mientras exclamaba:

—¡Virginia! ¿Qué ha sucedido? ¡Llama a una ambulancia, Timothy!

—No hace falta ya —opuso la mujer, débil la voz, en su rostro la palidez de la muerte—. Me avisó Braddock por teléfono anunciándome que vendrías, Edward. Tienes una esposa encantadora. La niña es...

Un golpe de tos interrumpió a la moribunda, por cuyos labios fluía la sangre.

—Descansa, Virginia.

—Ivette se parece a ti... Yo avisé a Giovanni... No tuve más remedio que hacerlo.

La piedad pudo más en Newman que el rencor.

—¿Por qué?

—Estoy a sueldo de ese hombre desde que tú abandonaste Nueva York para enrolarte en el ejército... Yo te quería, Edward. Tal vez te quiero aún.

—¡Virginia!

—Si. Giovanni es cruel. Cuando llegó tu mujer y tu hija y supe que ibas a venir a reunirme con ellas, sentí celos. Después de llamar a Gronchi me arrepentí, pero ya era tarde... En Niza llevo una vida honesta en apariencia, pero lo cierto es que Giovanni me ordenó que procurara ganarme la confianza de Timothy, a fin de tenerle informado de sus movimientos. Perdona, Tim. A la hora de la muerte se ven las cosas de distinta forma.

—¿Dónde las han llevado? —inquirió Newman—. ¿Lo sabes?

—No. Vinieron Geoffrey Egan y ese monstruo de Jasper Novak. Jeff disparó contra mí, sin previo aviso, tal vez porque Giovanni sospecha de mi lealtad. Me acusó siempre de facilitarle pocos datos. Ignoraba que Timothy jamás hablaba de su trabajo, ni aun siquiera de sus amigos. Quizá me creyó traidora y...

Virginia hubo de guardar silencio. La sangre se deslizaba por su barbilla, contorneándola, para gotear sobre su pecho.

—¿Dónde te veías con Giovanni? —preguntó, a su vez, Timothy.

—En una cabaña de la colina de San Sylvestre... No me guardes rencor... Tú tampoco me odies, Edward... ¡Dios mío!

La mujer, cuya voz se había ido debilitando, abrió mucho los ojos, como si contemplara ya la eternidad, y su cabeza se dobló trágicamente sobre el hombro de Newman que, compadecido, triste, la depositó de nuevo en el suelo, incorporándose luego.

—Perdona por haber imaginado...

—No es necesario que te disculpes —repuso Timothy Looy—. Yo, en tu caso, habría pensado lo mismo.

—¿Cómo conociste a Virginia?

—Hace más de un año, en la playa. Intimamos, y cuando el jefe me sugirió que quizá, en un futuro, necesitaríamos una mujer para que colaborase con nosotros, pero manteniéndola desligada de todo hasta que

llegara el momento de utilizarla, pensé en ella y seguí frecuentando su trato. No fue mi amante. Yo no tengo tiempo para dedicarlo a una sola mujer. Tampoco la sometí a vigilancia. Realmente, no la utilizamos hasta lo de Susan e Ivette. Entonces, pensamos que ella podría acompañarlas, en un sitio seguro. Me comporté como un necio. ¡Soy el único responsable! Procuraré ahora...

Sonó el timbre del teléfono, sobresaltando a los dos hombres. Edward se adelantó a Timothy Looy, apoderándose, con dedos nerviosos, del auricular:

—¿Quién es?

Una voz, odiada para Newman, se oyó al otro lado del hilo:

—Hola, Edward. Imaginaba que estarías ahí. Escúchame con atención, si deseas que nada le ocurra a tu mujer y a tu hija.

Newman crispó tanto la mano en torno al auricular, que sintió un calambre en el brazo.

—Habla.

—Cuando salgas de ahí, dirígete de nuevo a la colina de San Sylvestre. ¡No creo que hayas olvidado el lugar!

Ven solo. Si alguien te acompaña, habrás condenado a los que quieres a la peor de las muertes.

Giovanni Gronchi colgó, antes de que Newman pudiera formularle pregunta alguna. Timothy dijo:

—¿Una encerrona?

Más que una pregunta era una afirmación.

—Sí. Y voy a caer en ella. No me queda otra solución.

—¿Dónde te han dicho que vayas? Quizá pueda ayudarte y...

Había afecto en las palabras del hombre. Edward movió la cabeza, en gesto denegatorio.

—No es posible. Debo actuar sin ayuda de nadie o asesinarán a los que pretendo salvar.

—Tal vez podamos trazar un plan que nos permita... —quiso insistir Timothy.

—No. Gracias. Volvamos a Niza. Aquí no hacemos más que perder el tiempo.

—Como quieras.

Los dos hombres, en silencio, abandonaron la casa, no sin antes dirigir una conmisericordiosa mirada a la mujer que había pagado con su vida un pasado de errores.

Ya el vehículo en marcha, Looy tomó a decir:

—Nunca me perdonaré haberme dejado engañar por Virginia. Realmente, procedí como un estúpido.

Edward miró al que le hablaba. En sus palabras hubo un reproche, al comentar:

—¿Es esa toda la oración fúnebre que se te ocurre?

—Si. Es el primer fracaso, y me duele.

—¿En tu orgullo?

—Quizá.

No hablaron más hasta llegar a la ciudad. Newman, a lo largo del trayecto, no dejaba de pensar en la forma de burlar a Giovanni, no ya para salvar su vida, sino la de sus seres queridos. No confiaba en la clemencia de Gronchi ni siquiera en que cumpliera su promesa. Era necesario que le venciera. ¿Cómo?

Mientras Susan e Ivette estuviesen en sus garras, él tendría que someterse a los deseos del *gangster*.

—¿Puedes llevarme al norte, Timothy, a las proximidades de la avenida Valentiny?

—Si. Creo que...

—He de valérmelas solo. Es la condición exigida. No me perdonaría nunca poner en peligro la vida de los míos. Prométeme que no me seguirás cuando nos separemos.

—Yo...

—¡Prométemelo, o me apeo ahora mismo!

Aun a su pesar, Looy hubo de acceder.

—Haré lo que me pides, aunque estimo que es un absurdo suicidio. Así no conseguirás nada práctico. Giovanni te asesinará y, después eliminará también a...

—¡Calla!

El automóvil cruzando de sur a norte la ciudad, no tardó en detenerse en el lugar deseado. Edward tendió la diestra a Timothy, sorprendiéndose al advertir que estimaba a aquel hombre.

—Gracias por todo.

—Adiós, y suerte.

Newman permaneció inmóvil hasta ver desaparecer el vehículo, conducido por Looy, en una de las calles próximas. Después, con paso rápido, anduvo hasta alcanzar las estribaciones de la colina, por la avenida Julien.

Pronto se encontró en pleno bosque, en medio de un silencio y una oscuridad impresionantes.

¿Y si Giovanni disparaba contra él nada más verle?

Edward se encogió de hombros. Correría el riesgo. No le quedaba otra solución...

CAPÍTULO VIII

Pese a la impaciencia por llegar, Newman volvió a detenerse. Era la segunda vez que escuchaba el extraño ruido a su espalda.

Quizá se tratara de un perro o un gato vagabundo, pero valía la pena averiguarlo, aunque para ello tuviera que perder unos minutos.

El sexto sentido, que tantas veces le salvó la vida a lo largo de su pasado criminal, en Nueva York, le decía a Edward que alguien le seguía desde que se internó en, la colina. ¿Quién? Se dispuso a averiguarlo, aun con la sospecha de conocer la identidad del que le acechaba.

Oculto tras un árbol, con la diestra hundida en el bolsillo lateral de la americana, empuñando con pulso firme la pistola, esperó, tensos los nervios. El silencio era absoluto.

La luna iluminaba a ráfagas la tierra, filtrándose a través de las ramas de los árboles que, muy apretados en aquella zona, dejaban el suelo casi en tinieblas o trazan a caprichosos arabescos de luces y de sombras.

Edward, con la sensibilidad a flor de piel, se sobresaltó al oír un roce a su espalda, y, al volverse, pudo distinguir, pese a la oscuridad, a...

—¡Timothy! Lo imaginaba. Me prometiste...

—Hay promesas que no deben cumplirse jamás y esta es una de ellas... ¡Déjame que te guarde la espalda! Nadie lo advertirá y tal vez pueda serte útil.

Con un suspiro de resignación, Newman fingió acceder.

—Veo que no hay más remedio. Tú ganas. Estamos muy cerca de la cabaña. Convendría que avanzaras en esa dirección y...

Edward señaló a su izquierda y Looy desvió por unos segundos la mirada del hombre al que deseaba proteger quien, con agilidad felina, saltó sobre él para golpearle en la nuca con la culata de la pistola, mientras decía:

—Lo siento. No deseaba hacerlo.

Examinó al caído, comprobando que la herida no era profunda y que apenas sangraba. Después, tranquilo con respecto a la seguridad de Timothy, que tardaría unos minutos en recobrar el conocimiento, continuó el avance con mayor rapidez para, un cuarto de hora más tarde, a la vista de la choza en la que estuvo prisionero, detenerse.

Tenía la certeza de que si no le mataban en el acto los hombres de Giovanni, le cachearían, no fiándose de él después de la pasada experiencia, y no hizo nada por ocultar las armas de fuego. Puso horizontal el cuchillo sobre el estómago, debajo exactamente del cinturón. Quizá el registró no fuese completo.

Al abandonar el bosque, y a pecho descubierto, erguido, con las manos

ostensiblemente separados del cuerpo, avanzar hacia la rústica casa, el corazón palpitaba con violencia en el pecho de Edward. ¿Estarían allí su mujer y su hija?

Vio a tres hombres dirigirse hacia él y pudo advertir que en las manos llevaban armas de fuego, pues la luna alumbraba con nitidez el claro del bosque. Reconoció a Giovanni Gronchi, a Jeoffrey Egan y al repulsivo Jasper Novak.

—Aquí me tenéis. Os sobra la artillería.

—¡Cachéale, Jeoff!

Fue una orden seca, que no presagiaba nada bueno para el prisionero. El *gangster* hizo lo que su jefe le indicaba, apoderándose de las dos armas de fuego. Por fortuna para Newman, Jeoffrey, descubiertas las pistolas, se limitó a una leve palpación del cuerpo.

—Listo.

—Bien. No perdamos tiempo. Camina delante de nosotros.

—¿Hacia la casa?

—Al otro lado.

La sorpresa de Newman fue grande al divisar un helicóptero oculto en un claro del bosque.

—Sube. No cometas ninguna locura o te pesará.

Newman miró a Giovanni con fijeza:

—Me he entregado voluntariamente, dejándome desarmar. Tienes en tus manos lo único que me importa en la vida, pero debo advertirte una cosa. Yo...

—No hables ahora. No quiero perder ni un minuto.

Los tres *gangsters* y Edward penetraron en el aparato. Jasper Novak tomó los mandos y minutos más tarde volaban sobre las colinas, ganando altura.

—Antes ibas a advertirme no sé qué. ¿Qué era?

Newman contempló al jefe del *gang* con un gesto de fría resolución en su semblante.

—No hablaré hasta que me convenza de que mi mujer y mi hija viven. Necesito verlas. Solo por ello me he metido en esta encerrona.

—Dudaba que vinieras.

—Nunca me has tenido más en tus manos que al apoderarte de Susan e Ivette. Por cierto, ¿recibiste noticias de Robert Padovan y del otro tipo que me esperaban en casa? Por tu cara veo que no. Los dos sufrieron un mortal accidente. Fue lamentable. Cayeron a la calle desde una de las ventanas del último piso.

El semblante de Giovanni se endureció.

—No lo creo.

—¿Cómo iba a saber, entonces, que estaban aguardándome? Igual que hice con ellos haré con vosotros tres. ¡Sois peor que carroña! El que os liquide hará un bien a la humanidad.

Jeffrey Egan intervino, empuñando una pistola por el cañón y dispuesto a golpear a Newman.

—¡Déjeme que le cierre la boca, jefe, para que deje de fanfarronear!

—¡Quieto! No miente. Eso le convierte en más peligroso. ¡Atadle las manos a la espalda! Detrás del asiento hay cuerdas.

Edward, consecuente con sus planes, se burló:

—Veo que tenéis miedo a un solo hombre. Es lógico. Todos los asesinos son cobardes.

No obtuvo respuesta. Jeffrey, con una sonrisa de crueldad, hizo lo que se le había ordenado, pero apretó tanto las ligaduras que Newman gritó, encolerizado:

—¡Bestia! ¡Vas a partirme las muñecas!

—Esta vez no podrás librarte. El gordo de Jasper tiene los dedos como morcillas y no puede hacer bien los nudos. En lo sucesivo, yo me las entenderé contigo.

—De hombre a hombre no te atreverías, ni aunque te ayudara ese cerdo que pilota el aparato.

Jasper Novak volvió la cabeza para contestar al insulto siempre sin perder su sonrisa.

—Yo no peleo de igual a igual con idiotas. Giovanni dudaba de que vinieras, porque a nadie se le ocurre poner su cuello voluntariamente en manos del verdugo. Quizá me dé el gustazo de liquidar delante de ti a tu mujer y a tu hija. ¡Eres un completo imbécil!

—¡Calla, Jasper! —exclamó Giovanni—. ¡Cumpliré mi palabra, si lo que tiene que decirnos es importante!

—Perdona, jefe, pero ese perro sarnoso me saca de quicio y...

—¡No sigas!

Edward comprendió que, en efecto, se estaba sacrificando de forma inútil, que aquellos monstruos no tendrían piedad. Hasta entonces concibió esperanzas, pero acababa de perderlas. Las palabras de Jasper eran el resultado de unos comentarios hechos, sin duda, mientras le esperaban en la colina.

Miró los rostros de sus enemigos, faltos de piedad, endurecidos por el odio y la ambición.

El helicóptero continuaba tomando altura y ello le sorprendió, describiendo círculos en torno a Niza, sin abandonar el perímetro de la ciudad que, a sus pies, semejaba un monstruo, dormido...

★ ★ ★

Timothy Looy, al recobrar el conocimiento, tardó escasos segundos en comprender lo ocurrido.

No debió fiarse de la aparente conformidad de Newman, obsesionado por salvar, a cualquier costa, a su mujer y a su hija.

Se puso en pie, disponiéndose a seguir internándose en la colina con la remota esperanza de hallar a Edward y pensando en la reprimenda de su jefe, si le informaba que el hombre al que se le encargó de custodiar, le había burlado.

Un ruido, no familiar, pero que identificó casi en el acto, hizo a Timothy alzar la cabeza para divisar un helicóptero que se dirigía velozmente a la ciudad. No tuvo duda alguna de que Newman viajaba allí, prisionero de Giovanni Gronchi.

Lanzó una maldición al comprobar que su fracaso era completo, y despacio, apesadumbrado, reanudó el camino hacia el lugar donde dejara aparcado el automóvil.

★ ★ ★

—¿Vamos a estar volando en círculos toda la noche? —preguntó Jasper, con su habitual tono de ironía.

—No. Déjame los mandos. Yo aterrizaré. Por fin vas a conseguir lo que, al parecer, tanto deseabas: conocer el emplazamiento de nuestro cuartel general.

Novak hizo un gesto de indiferencia, mientras cambiaba su puesto de piloto con Giovanni.

—Me tiene sin cuidado. Me molestaba la desconfianza. Llevo siete meses a tus órdenes y creo que he demostrado mi fidelidad.

—En mi negocio todas las precauciones son pocas. He de confesar que has superado todas las pruebas. Solo un grupo muy reducido del *gang* conoce el emplazamiento del chalet donde vamos esta noche. El resto de los muchachos, tú incluido, habita en el hotelito a dónde os transmitimos las órdenes.

—Me siento orgulloso de pertenecer a ese pequeño grupo.

En las palabras de Jasper se adivinaba tanta ironía que Giovanni le miró con hostilidad.

—No te hagas el gracioso. Me molestan las personas que presumen de listas.

Newman, en silencio, escuchaba el diálogo. Lanzó un suspiro de alivio cuando el helicóptero posó sus ruedas en la parte posterior del jardín, de altas tapias, de un chalet situado en la zona residencial de Niza...

CAPÍTULO IX

—¡Susan!

—¡Edward!

Se abrazaron estrechamente, corazón contra corazón, y, en silencio, permanecieron unidos varios minutos, mientras los dedos del hombre se enredaban entre los cabellos femeninos.

—¿Cómo está la niña?

—Duerme. Mírala.

El matrimonio se dirigió a una cama situada en uno de los extremos del sótano. Newman, sintiéndose dominado por la ternura acarició levemente las mejillas de la pequeña que, profundamente dormida, sonreía, soñando, quizá, con hadas de infantiles cuentos.

—¿Qué va a ser de nosotros, Edward?

Había angustia en la pregunta de Susan.

—No lo sé. Ahora lo único que importa es que estamos juntos de nuevo.

La mujer miró a su marido. Había en sus palabras una mal disimulada angustia y un velado reproche.

—¿Qué ha ocurrido para que hayamos caído en manos de estos criminales?

Newman adivinó claramente el temor de su esposa. Ella era conocedora de su pasado.

—No te inquietes, Susan. No soy culpable de ningún delito. Todo empezó por una propina de diez dólares que me dio un hombre, portador de una maleta negra y al que asesinaron en mi presencia en los andenes de la Estación Central.

Edward refirió su aventura, sin omitir absolutamente nada, ni aun su lucha contra los dos *gangsters* en el piso de la calle Saincaire. Al terminar, ella no pudo contener una exclamación de terror:

—¡Nos matarán! ¡Pobre Ivette!

—Me entregué para defenderos, Susan. No tengas miedo. Mientras yo viva, nadie se atreverá a tocaros.

Como ella continuara llorando, dulcemente, de rodillas en el suelo, con la cabeza apoyada en la almohada de la cama, muy cerca de la cara de la niña, Newman posó su diestra sobre la femenina cabeza, esforzándose en tranquilizarla.

—Cálmate Susan. No perdamos la serenidad. Vamos a necesitar de todo nuestro valor.

Edward, separándose de su esposa, se miró las muñecas, en las que había profundos surcos violáceos, recordando, con rencor, el diálogo entre

Jeoffrey Egan y Jasper Novak cuando el helicóptero, luego de descender, paró su motor y las grandes aspas se inmovilizaron.

Jeoffrey se opuso a la indicación de su compañero en el sentido de desatar a Newman para que este se reuniese con su mujer. Egan pretendía ligarle también los pies para impedirle realizar el menor movimiento.

Novak, con su cachaza habitual, hizo uso de un argumento que decidió la discusión:

—Apenas les dejemos solos, ella le soltará. No conviene aterrorizarla inútilmente. Una mujer gimoteando no es un espectáculo agradable. Y menos para un hombre condenado a muerte.

Edward recordaba la mirada cruel de Jasper, una mirada que parecía gozarse inspirándole terror. No intervino. Le interesaba quedar libre para, en su momento, poder actuar.

—No es necesario que les dejemos solos —volvió a oponerse Jeoffrey—. Él quiere verla y nosotros se la mostraremos, pero para empezar inmediatamente el interrogatorio.

Fue Giovanni Gronchi el que decidió la cuestión, con secas palabras:

—¡Desátale, Jeoff! Los dos parecéis haber olvidado que soy yo el único que da órdenes. Le dejaremos unos minutos en compañía de su esposa y de su hija. Es lo prometido. Después, hablará. ¿No es cierto, Newman?

—Sí. Siempre que se cumpla lo pactado de dejar libres a Susan y a Ivette.

—Lo haremos.

Edward, recordando el diálogo, creyó advertir una sonrisa cruel en los labios de Jeoffrey, pero aparentó no reparar en ello.

Fue conducido, luego de descender por una escalera que enlazaba con el sótano, a través de un largo corredor a cuyos lados se alineaban puertas, hasta la habitación donde, al fin, encontró a su esposa e hija.

Mientras caminaba, iba reteniendo en la memoria hasta los menores detalles del subterráneo, en el que no se había escatimado el cemento. Los muros eran tan gruesos como los de una fortaleza.

Tan abstraído estaba Edward en sus ideas, que no advirtió que su esposa le miraba fijamente:

—¿En qué piensas?

—En vosotros. Ten confianza. Nada os ocurrirá.

Sacó el cuchillo de debajo del cinturón y lo puso más al alcance de su mano, oculto en la camisa. Susan le miraba horrorizada. Fue a decir algo, pero sus labios se crisparon de terror al ver abrirse la puerta para dar paso a Jeoffrey Egan quien, con una pistola en la diestra, le ordenó:

—Vamos. El jefe te espera.

Jasper Novak se hallaba en el pasillo, también provisto de una automática.

Newman besó levemente a la pequeña, para no despertarla, y después, a su mujer. Aunque quiso dar naturalidad a su caricia, pensaba que quizá

fuera aquel el adiós definitivo a sus seres queridos.

—¡Edward! —sollozó ella.

—Tranquilízate, Susan. ¡Volveré!

Jeoffrey, brutalmente, exclamó:

—¡Sal de una vez! No estamos aquí para perder el tiempo.

Con una mirada de desprecio a su enemigo, Newman obedeció y, de nuevo por el largo pasillo, el grupo se detuvo ante una de las puertas en la que Jeoffrey tocó con los nudillos.

—¡Pasa, sin tanta ceremonia! —gruñó Jasper—. ¡Tienes a Giovanni un pánico mortal!

Fue Novak el que penetró primero en la habitación donde Gronchi situado detrás de una mesa de despacho, se ponía en pie. En las paredes había armarios metálicos y, al fondo, una caja fuerte. Varias sillas y una mesa de centro, junto a dos butacas, completaban el mobiliario.

—Siéntate, Newman, y dime de una vez cuál es la identidad del hombre que asesinó al individuo de la maleta negra.

Edward, aún en pie, sin obedecer la indicación que le era hecha contempló, altanero, al que le interrogaba.

—Ya te habrás dado cuenta, Giovanni —dijo—, que morir no me importa, pero necesito la certeza de que mi mujer y mi hija quedarán libres y a salvo.

El jefe del *gang* no se inmutó, al responder:

—Imaginaba que ibas a pedirme eso. Jasper, déjalas que se vayan. Vuelve cuando estén en la calle, pero adviértele a Susan que si dice una palabra a la policía, él morirá.

Fue Novak a salir, con una extraña sonrisa en el rostro, pero Newman lo impidió:

—No. Prefiero que sigan encerradas. Ese hombre es un monstruo.

Un gesto de sarcasmo se dibujó en las facciones de Giovanni Gronchi.

—¿No te entregaste por conseguir su libertad?

—Sí, pero no de ese modo. Hay algo en todo esto que no me gusta. Trae a mi mujer conmigo y que Novak deje en cualquier calle céntrica a la pequeña. Ella no recordará nada. Así, al menos, sabré que la niña se ha salvado. ¿No te parece justa mi petición? No me hago ilusiones de conseguir más de vosotros.

Gronchi meditó unos segundos, decidiéndose al fin:

—Haz lo que él quiere, Jasper. Preocúpate de que la niña quede en un sitio en el que haya tránsito a fin de que la recojan pronto sin que sufra daño alguno.

—De acuerdo.

Novak abandonó la habitación en la que quedaron Giovanni y Jeoffrey. Este último, dijo:

—¿Le ato de nuevo, jefe?

—No es necesario. Veamos qué es lo que tienes que decimos, Edward;

Sé que no deseas tratos con la justicia. Por ello cabe la posibilidad de que salves también tu vida.

—Esperaré a que Susan se reúna conmigo.

—Como quieras. Ahora no hay truco. Te lo aseguro. Jasper la traerá. Veo que no confías en mí.

—En absoluto. Susan y yo estamos sentenciados, pero ambos seremos felices sabiendo a la niña a salvo. ¿Puedo hacerte una pregunta, Giovanni?

—¿Por qué te preocupa tanto la identidad del asesino del hombre de la maleta negra?

El jefe del *gang* tardó unos segundos en responder. Cuando lo hizo, su voz reflejaba preocupación:

—Ese crimen no encaja, no tiene objeto. Durante años hemos operado con impunidad en Europa, incluso en América, teniendo Niza como eje de la organización.

—¿Moneda falsa?

—Sí. Aquí nadie se preocupa de cómo es el dinero. ¡Dura tan poco en la ruleta! Al morir ese desconocido y derramarse los billetes, falsos, a juzgar por el interés que pone la policía en recogerlos, todos prefieren cambiar en los Bancos, y en los establecimientos donde acostumbrábamos a operar, el miedo nos ha cerrado las puertas. ¿Quién era el asesino? ¿Un antiguo amigo tuyo de Nueva York?

Edward clavó sus ojos en los de su interlocutor para, después, muy despacio, decir:

—Ronald Braddock, coronel de Infantería de Marina, a cuyas órdenes serví durante la campaña del Pacífico y en el desembarco de Normandía.

Giovanni Gronchi palideció intensamente. Después sus labios se curvaron en una mueca de crueldad:

—¡Mientes! ¡Te quieres burlar de mí, maldito, y eso no estoy dispuesto a permitírtelo!

Newman insistió, con voz serena, extrañado de la reacción de su enemigo:

—Es la verdad. Tardé en identificarle, pero después, ya no me cupo ninguna duda. ¡Fue Ronald Braddock!

El jefe del grupo de indeseables, incapaz de contenerse, asió a Edward por las solapas de la americana:

—¡Te repito que mientes!

Muy sereno, sin acobardarse, el prisionero volvió a afirmar:

—Eres dueño de creerlo o no.

Giovanni se separó de Newman, visiblemente desconcertado, para volver a encararse, feroz, con el que le había hecho tan inesperada revelación.

—¡Es imposible! ¿Sabes quién es Ronald Braddock?

—¡Un asesino! ¡Lo vi con claridad! ¡No puedo equivocarme!

El jefe del grupo de *gangsters* volvió a asir brutalmente a Edward,

zarandeándole:

—¿Te han ordenado decirme eso para desorientarme? ¡Habla o te mato ahora mismo!

Newman sintió clavados en los suyos unos ojos enrojecidos por el furor y, desasiéndose de un empujón, retrocedió unos metros, a la defensiva.

—Puedo ampliarte detalles que te convencerán de que lo que digo es cierto.

—Di.

—Después —repuso Edward, con frialdad—. Tarda mi mujer en reunirse con nosotros.

—Ve a buscarla, Jeffrey. Quizá se resista a separarse de la pequeña y esté creando conflictos a Jasper.

El *gangster* se dispuso a abandonar la habitación, pero Newman se interpuso:

—¡Espeta! Quiero hacerte, una vez más, una advertencia. ¡Si le rozas un solo cabello, te mataré tan lentamente que pedirás a gritos que te clave una bala en el corazón!

Había tanta ferocidad en las palabras de Edward que el *gangster* se estremeció, a su pesar.

—¡Galleas mucho! —quiso fanfarronear, pero la voz le sonaba falta de firmeza—. Cuidado con él, jefe. No termino de fiarme de su repentina mansedumbre.

—¡Ve a lo que te he mandado!

Giovanni, con una automática en la diestra, se sentó detrás de la mesa de despacho, mientras Egan abandonaba la habitación.

—Siéntate, Edward. ¿Sabes por qué es imposible que Ronald Braddock sea el hombre al que me interesa cazar?

—No.

Esta vez le tocó a Newman sorprenderse de la inesperada revelación de su enemigo:

—Ronald Braddock es el jefe del Servicio Secreto americano en Niza. Lleva más de un año pisándome los talones.

Edward, desconcertado, tomó asiento frente a Giovanni. Tardó varios minutos en reponerse del estupor que la noticia acababa de producirle.

—No lo comprendo —dijo—, pero debe ser cierto. Ahora entiendo por qué Timothy Looy me dijo que pronunciara su nombre, si era interrogado, para ver cómo temblabas.

—¡Timothy Looy!

—¿Le conoces?

—Sí. ¡Es el ayudante de Braddock!

Newman, intuyendo un misterio en la actuación delictiva de los que Giovanni identificaba como miembros del Servicio Secreto de los Estados Unidos, se dispuso a averiguar la verdad y refirió su entrevista con Ronald en el garaje y cómo fue Timothy el que le condujo hasta las inmediaciones

de Villefranche. Gronchi se pasó la mano por la frente, cual si quisiera alejar evocados fantasmas.

—Creí que Virginia nos había traicionado y por eso mandé eliminarla. Tarde comprendo que ella me fue fiel. Entonces, ¿has estado todo este tiempo en contacto con los miembros del Servicio Secreto americano?

Edward asintió.

—Veo que sí, aunque lo ignoraba. Me he comportado como un estúpido. Supuse que se trataba de una lucha de *gangs*. Sin embargo... ¡Braddock mató al de la maleta negra! ¡Tengo absoluta certeza! ¿Virginia te refirió mi pasado?

—Sí. Imaginaba que el Servicio Secreto se estaba sirviendo de ti para cazarme, pero nunca pensé que el comisario y el asesino de la Estación Central fueran una misma persona. Virginia me habló de Ronald y de que tú ibas a ir a Villefranche a reunirse con los tuyos, pero... ¡Es absurdo que Braddock se haya convertido en un criminal! Es cierto que, a veces, el Servicio Secreto actúa con crueldad, fuera de la Ley. Sin embargo... ¡Detrás de todo esto hay una trampa!

La puerta se abrió, de pronto, para dar paso a Jeoffrey, quien apuntó a Newman con su pistola, antes de exclamar:

—¡Jasper y los prisioneros han volado, jefe! ¡No te muevas, Edward!

Newman, en pie, sabiéndose encañonado, notó que su desconcierto iba en aumento.

—¿Qué tienes que decirme, Giovanni? ¿Diste orden al cerdo de Novak para que los quitara de en medio?

En la respuesta del italiano había sinceridad.

—No pensábamos matar a la niña. Tan solo a tu esposa y a ti. Reúne a los muchachos, Jeoff. Hemos de desalojar el chalet antes de que amanezca, y falta apenas una hora. ¡Mata a Newman! ¡Hazlo ahora mismo! Temo que Braddock nos ha tendido una trampa, cuyo alcance no consigo averiguar. Será preferible que salgamos inmediatamente de Niza antes de que nos atrapen.

—De acuerdo, Giovanni. ¡Llegó tu hora, Edward! ¡Nada será capaz de salvarte!

El índice del *gangster* se crispó en torno al gatillo del arma. Newman, cada vez más desconcertado, contempló estúpidamente el cañón de la pistola por dónde, de un momento a otro, de forma inevitable, surgiría una llamarada de muerte...

★ ★ ★

Susan miró con estupor al que hasta entonces había considerado un enemigo. Dijo:

—¿No disparará contra mí, apenas le vuelva la espalda?

—¡Márchese! Su marido corre un serio peligro. ¡No haga inútil su

sacrificio!

—¿Dónde iré? Tal vez mi casa esté vigilada. Tengo miedo de volver allí.

—Diríjase a las señas que figuran en esta tarjeta. No está muy lejos y podrá llegar andando. ¿La niña sigue dormida?

—Sí.

—Mejor. Adiós, señora Newman.

Susan, atónita, tomó la cartulina, con dedos aún temblorosos.

—Pero... Yo quisiera saber...

Una sonrisa plena de cordialidad iluminó el rostro del *gangster*.

—Confórmese con salvar su vida y la de la pequeña. Tiempo tendrá para comprenderlo todo.

Susan, inmóvil, con Ivette en sus brazos, vio alejarse a aquel hombre con rapidez...

CAPÍTULO X

El desconcierto de Edward al conocer la verdadera identidad de Ronald Braddock, su antiguo coronel, al que imaginaba un delincuente por haberle visto perpetrar el asesinato de la Estación Central, le impidió reaccionar ante la amenaza mortal de Geoffrey Egan, quien, seguro de su triunfo, quiso gozarse provocando el terror de su víctima.

—Matarte es una satisfacción que no cambiaría por ninguna otra. No te hagas ilusiones con respecto a tu familia. Jasper los habrá liquidado también.

El recuerdo de Susan y de Ivette, obró como un estímulo en Newman, arrancándole de su pasividad.

—¡Sois unos cobardes!

—¡Sí, pero yo viviré, y tú vas a morir ahora mismo!

Como Jeoff continuara recreándose en contemplar el rostro de su enemigo, muy pálido, Giovanni Gronchi, exclamó:

—¡Acaba de una vez! ¡No podemos perder el tiem...! ¿Qué diablos ocurre?

Edward, cuyos músculos se hallaban en tensión, saltó a la izquierda en el instante en que las luces se apagaban. Lo hizo a tiempo. Dos fognazos rasgaron las sombras y el plomo silbó muy cerca del que, de bruces en el suelo, inmóvil, se dijo que no podía permanecer así, porque si la luz tomaba a encenderse, era hombre perdido.

Por ello, decidido a saber la posición exacta de su enemigo, buscó, a tientas, en derredor hasta que sus dedos tropezaron con una silla, que arrastró a su derecha.

Dos nuevos fognazos orientaron a Newman, el cual, como una pantera, en un salto de increíble agilidad, se abalanzó hacia adelante, con el arma blanca en posición de ataque.

El choque con Geoffrey fue brutal y los dos hombres cayeron al suelo. No hubo lucha. El puñal se clavó varias veces en el cuerpo del miserable que, lanzando un gemido, quiso, en vano, defenderse.

Edward, encorvado, se apoderó de la automática del *gangster*, apartándose de él con rapidez, temeroso de una agresión de Giovanni, que no se produjo.

Tuvo la certeza de que se hallaba solo en el despacho al sentir el ruido de una puerta al cerrarse. Gronchi escapaba.

Newman buscó de nuevo el cadáver de Geoffrey, registrándolo. Esperaba hallar las armas que le quitaron en la colina, pero no las tenía encima.

Empuñó la automática, preguntándose si el apagón de luz fue

accidental o provocado. No se molestó en responderse. Le interesaba huir. ¡Huir! Tal pensamiento cedió paso en la mente de Edward al afán de venganza. ¡No escaparía sin antes encontrar a Giovanni!

Salió al pasillo y, orientándose en la oscuridad, anduvo unos pasos para detenerse, deslumbrado. Las luces acababan de encenderse.

Newman, parpadeando para habituar sus pupilas, pudo ver, a unos metros de donde se hallaba, que cuatro hombres salían de una de las habitaciones contiguas empuñando armas de fuego.

Disparó una y otra vez, viendo cómo se doblaban sus enemigos, pero el percutor golpeó en el vacío cuando aún quedaba uno de los *gangsters* en pie. Se arrojó al suelo, sabiéndose perdido, mientras los proyectiles le buscaban.

Sintió un choque en el hombro izquierdo y pudo advertir que su adversario rectificaba la puntería. Fue a incorporarse para morir en pie, pero el estupor le dejó inmóvil.

Jasper Novak, el odiado *gangster*, había aparecido por uno de los extremos del pasillo y su pistola ladró una vez. El indeseable, que se hallaba frente a Edward, se dobló trágicamente.

—¡Ven conmigo, Newman! ¡Hemos de impedir que Giovanni escape!

Sin aguardar respuesta, Novak comenzó a ascender las escaleras que enlazaban el sótano con el piso superior, pero una granizada de balas le hizo retroceder.

Edward, apoderándose de dos de las pistolas de sus enemigos, se reunió con Jasper que, fuera de la línea de tiro, le dijo:

—Tu mujer y tu hija están a salvo. No te preocupes por ellas.

—¿Quién eres?

—Uno de los colaboradores de Ronald Braddock. Entre tú y yo haremos morder el polvo a esos tipos. Hasta ahora no conseguí penetrar en el chalet. No debo desaprovechar la ocasión.

Una metralleta entonó su mortífero himno y los proyectiles chocaron en las paredes de cemento del subterráneo, aplastándose unas, desviándose otras de trayectoria. Novak gritó:

—¡Atrás, Newman! ¡Nos atacan!

Los dos hombres retrocedieron unos metros, sin replicar a los disparos por no haber enemigo visible, pero atentos a la menor oportunidad, que no iba a tardar en presentárseles.

Un individuo, que portaba un subfusil de los utilizados en el ejército, se mostró a Novak y a Edward, pero cayó a tierra antes de que lograra oprimir el gatillo del arma automática. Otros dos hombres alcanzaron el pasillo, y Jasper, intuyendo que Giovanni lanzaba a sus *gangsters* a una lucha de exterminio, golpeó con el pie una de las puertas laterales y penetró en una de las habitaciones que se alineaban a ambos lados del corredor, seguido por Newman, quien sentía un dolor agudo en el brazo izquierdo, mientras la sangre le empapaba el tórax.

—¡Ponte fuera de la línea de tiro, Edward! ¿Estás herido?

—Sí, me dieron en el hombro.

—Vendrán pronto en nuestra ayuda. Llamé al comisario. No tardará. ¡Cuidado!

Varios proyectiles atravesaron la madera de la puerta. Jasper disparó dos veces y un alarido de dolor le demostró que sus balas no se perdieron en el vacío.

—Economicemos las municiones Edward. ¿Qué miras tan intrigado? ¿Todavía no adivinaste las actividades del *gang*?

—Sí. No lo ignoraba, pero no supuse que Gronchi dispusiera de medios tan modernos.

En la habitación donde se hallaban los dos hombres había tres minervas automáticas y una pequeña plana, así como una pila de papel enresmado y botes de tintas de todos los colores.

—En una sala contigua está el taller de grabado. Desde aquí se falsifican billetes de todos los países, en especial dólares. Cuando fui a buscar a tu mujer y a la niña hice un registro de estas habitaciones. Numerosos agentes reparten la mercancía por el mundo entero. Protejámonos detrás de las máquinas. La puerta va a saltar de un momento a otro.

En efecto. Los proyectiles estaban destrozando la madera. Los *gangsters*, *deseosos* de terminar con sus enemigos, no dejaban de disparar las metralletas.

—¿Se oirán los disparos desde la calle, Jasper?

—Temo que no. El sótano está acondicionado para que ningún ruido salga al exterior.

Alguien, de una patada, derribó la recia hoja de madera. Un hombre, disparando en ráfaga con una pistola ametralladora a la altura del vientre, intentó entrar en la habitación. Newman le inmovilizó, de un balazo en el pecho. El arma cayó a tierra, mientras dos individuos ocupaban el puesto de su compañero.

El plomo se chafaba en el hierro de las máquinas tipográficas que servían de seguro parapeto a Edward y a Novak, a quienes, sin embargo, apenas si les era posible rectificar la puntería debido al diluvio de proyectiles que les buscaban, como abejorros de muerte.

Enloquecidos, Jasper y Newman dispararon hasta agotar los cargadores, consiguiendo matar también a los que entraron en último término.

Al sentir que los percutores golpeaban en el vacío, Edward, con un absoluto desprecio del peligro y un valor rayano en la temeridad, saltó hacia adelante consiguiendo apoderarse de una de las metralletas.

Con ella a la altura del pecho, sintiendo que sus ojos se nublaban, alcanzó el pasillo. Tres hombres, que se disponían a penetrar en la habitación le miraron con asombro y fue esa mirada la última que

lanzaron con vida porque Newman, oprimiendo el gatillo con ferocidad inaudita, sembró la muerte en derredor.

Ensordecido por los disparos, medio ciego por el humo de la pólvora y por una somnolencia que iba dominándole por momentos pudo ver a lo lejos a Giovanni que huía y se lanzó tras él dispuesto a terminar con el miserable, sin reparar que Jasper, también provisto de una pistola ametralladora, le seguía.

Gronchi tuvo tiempo de ascender por la escalera y desaparecer de la mirada de los dos hombres, quienes se dispusieron a alcanzar el piso superior; pero no llegaron a hacerlo.

Del otro extremo del pasillo surgieron cinco *gangsters* provistos de pistolas. Sus armas ladraron y Jasper notó dos impactos en la espalda antes de desplomarse.

Newman, girando el cuerpo, a pecho descubierto, ciego con la idea de matar, disparó sin tregua su metralleta, viendo cómo se doblaban sus enemigos. Después se apoderó de una nueva arma automática, por haber agotado los proyectiles de la que portaba y ascendió peldaño a peldaño la escalera, con un gesto de fría resolución en su rostro.

No tomó precaución ninguna. Era de nuevo el hombre de valor suicida que en el Pacífico primero y en Francia después, fue el ejemplo de la División por su desprecio al peligro, por su temeridad.

La sangre, que le brotaba por la herida del hombro, se deslizaba copiosa por su pecho y a lo largo del brazo, hasta gotearle por los dedos que empuñaban el arma.

En el piso superior, un individuo disparó contra Edward su automática, pero no pudo oprimir de nuevo el gatillo. Newman sintió que el proyectil de su enemigo se le alojaba en la pierna derecha, en el muslo, y lanzó una nueva y mortífera ráfaga mientras proseguía su avance hacia el jardín, al que llegó a tiempo de ver a Giovanni y a dos *gangsters* a sus órdenes subir al helicóptero.

La idea de que aquellos asesinos pudieran escapar terminó de enloquecer a Edward quien, disparando, tambaleándose como un beodo, corrió hacia el aparato cuyas aspas, que habían comenzado a girar, se detuvieron. Sin duda, alguno de los proyectiles alcanzó el motor, averiándolo.

Un velo de sombras, tan espesas que le dificultaban casi por completo la visibilidad, cegó los ojos de Edward mientras un calambre le recorría la pierna derecha.

Cayó a tierra, siempre sin soltar el arma, pero notando que el dedo índice carecía de fuerza para apretar el gatillo. Vio a Giovanni y a uno de sus cómplices descender del aparato, provistos de automáticas y, en un esfuerzo supremo, lanzó una ráfaga.

Los proyectiles se perdieron altos, sin herir a los que ya encañonaban al caído con sus armas...

CAPÍTULO XI

Jasper quiso ponerse en pie, sin conseguirlo. La espalda le pesaba como si fuese plomo.

Oyó disparos sobre su cabeza y se dijo que Newman se estaba enfrentando solo a todo el *gang*.

—¡Le matarán, si no consigo acudir en su ayuda!

Sin soltar la pistola ametralladora, reptando, en medio de agudos dolores, Novak fue ascendiendo la escalera, peldaño a peldaño, regándola con su sangre.

El rostro de Jasper contraído por el dolor, tenía un gesto de fiera decisión mientras tiraba de su cuerpo, cada vez más pesado, más difícil de mover.

Lanzó un suspiro de alivio al terminar de subir la escalera y, en un sobrehumano esfuerzo, apoyándose en una de las paredes, logró incorporarse.

Durante varios segundos, oscilando, creyó que no le iba a ser posible continuar erguido y menos aún caminar, pero los disparos seguían escuchándose en el jardín.

Dio unos pasos inseguros, tambaleantes, y de este modo pudo salir del edificio a tiempo de ver cómo Giovanni y uno de los *gangsters* a sus órdenes se disponían a rematar a Newman.

La pistola ametralladora que Jasper empuñaba con mano trémula ladró repetidas veces y el forajido más próximo a Edward cayó bañado en sangre, mientras Gronchi corría hacia la verja que enlazaba el chalet con la calle.

Novak quiso disparar contra el fugitivo, pero el suelo pareció de pronto alzarse hacia él.

Giovanni, sin darse cuenta de que sus enemigos yacían en tierra, avanzaba velozmente entre los setos. A unos metros de la salida, se detuvo. Un automóvil acababa de llegar y de él saltaba su más odiado enemigo, Ronald Braddock, acompañado de Timothy Looy y de Walter Edel.

—¡Malditos!

Retrocedió precipitadamente, sabiéndose acorralado, mientras el comisario le gritaba:

—¡Entrégate, Giovanni! ¡No nos obligues a matarte!

—¡No me cogeréis vivo!

Gronchi corrió hacia el helicóptero con el afán de, parapetándose en él, ofrecer suicida resistencia a los que le acosaban, pero vio cortado el camino por Edward quien, en pie, sin fuerzas para sostener la metralleta,

empuñaba un cuchillo.

Disparó por dos veces contra Newman que, muy despacio, avanzaba implacable, encajando los proyectiles en el pecho.

Quiso retroceder, pero Ronald Braddock le cortaba la retirada.

Volvió a apretar el gatillo y una nueva bala se clavó en el cuerpo del que se hallaba a menos de un metro de distancia.

Aterrorizado por el aspecto que Edward ofrecía, una masa sanguinolenta, Gronchi dejó caer la pistola mientras exclamaba:

—¡No...! ¡No!

El acero que Newman empuñaba se clavó hasta el mango en el corazón del indeseable.

Fue el postrer esfuerzo de Edward quien, incapaz de sostenerse en pie, se desplomó sobre su víctima...

CAPÍTULO XII

Newman sintió una mano tibia sobre su frente. Incapaz de abrir los ojos, pese a que se esforzaba en conseguirlo, fue recordando los sucesos de que fue protagonista. Su respiración era agitada, convulsa.

El rostro de Giovanni Gronchi se le apareció de pronto, un rostro frío, cruel, inhumano.

—¡Maldito perro! ¡Maldito!

Una voz acariciadora susurró a su oído:

—Tranquilízate, Edward. Estás a salvo. La pesadilla ha terminado para nosotros.

Pero el herido gritó mientras se agitaba en el lecho:

—¡Es Giovanni! ¡Cuidado con ese hombre!

—Giovanni ha muerto, Edward. Soy yo, Susan. Estás a salvo, en una clínica. ¡Despierta!

—¡Susan!

—Si querido. Nada te amenaza ya.

Newman fue acompasando la respiración, desvaneciéndose de sus recuerdos el rostro de su odiado enemigo.

Se sabía entre la consciencia y el sueño y experimentaba el consuelo de sentir la tibia mano sobre su cabeza. Oyó una voz de hombre, que no le era familiar.

—Tardará poco en recobrase, Conviene que entornemos las persianas para que no le hiera la luz. Esfuércese en abrir los ojos, señor Newman. Es casi un milagro que esté vivo, pero lo peor pasó.

Edward, que sentía como si unos dedos de plomo le aplastaran los párpados, se esforzó en obedecer al que le hablaba. Al conseguirlo, con un gran esfuerzo, parpadeó con fuerza y hubo de sumirse de nuevo en las tinieblas.

—Vamos, inténtelo de nuevo.

El herido hizo lo que se le indicaba y una exclamación de júbilo se escapó de sus labios, resecos por la fiebre:

—¡Susan!

—¡Estoy a tu lado! ¡Todo terminó!

—¿Y la niña?

—Cuida de ella la esposa del comisario Braddock.

Las facciones de Newman se alteraron al oír el nombre. Había aún muchas lagunas en los recuerdos de las horas vividas por el herido.

—¡Sácala de allí! ¡Ese hombre es un asesino! ¡Yo vi cómo disparaba...!

—Cálmate. Él te explicará.

—¡Ve por la pequeña!

Los ojos de Edward que hasta entonces solo se posaron en su mujer, recorrieron la habitación. A los pies de la cama, con una sonrisa cordial, se hallaba Ronald Braddock quien tenía a su derecha a su segundo, Timothy Looy.

—No soy un criminal, Newman.

El médico, que había escuchado en silencio, intervino:

—No es momento para fatigar al herido. Conviene que duerma. Mañana se encontrará en condiciones de escuchar lo que tenga que decirle, señor Braddock.

—De acuerdo.

—Le pondré un calmante y...

—¡No! —opuso Edward con firmeza—. Quiero saber.

Lo necesito. No importa que me canse. Me servirá de alivio. Se lo ruego, doctor. Es necesario que conozca la verdad o volverán a torturarme las pesadillas.

El médico quiso oponerse.

—Pero...

—Estoy obsesionado por la tragedia de que fui protagonista. Solo desentrañando el misterio podré vencer las preocupaciones. ¡Me resistiré a que me inyecte!

El facultativo vaciló aún unos segundos, pero al advertir la firme decisión de Newman accedió, de mala gana.

—Sea, pero solo les concedo unos minutos. Usted, señora, si advierte que a su esposo le perjudica el diálogo, debe avisarme inmediatamente.

—Se lo prometo.

El médico abandonó la estancia, en la que hubo un breve silencio, roto por Donald Braddock al decir:

—Te felicito, Edward. Sin ti, Giovanni Gronchi quizá hubiera escapado.

Ronca la voz, el aludido exclamó:

—¡Una vez más le he servido de carne de cañón!

—No —fue la rápida respuesta—. Una vez más has servido a tu patria. Escúchame y procura no interrumpirme. Cuando terminó la guerra no supe acoplarme a la vida rutinaria e ingresé en el Servicio Secreto. Perdona, Edward. Voy a dar a Tim un encargo.

El comisario se apartó del lecho para cambiar unas breves palabras con su subordinado, quien, con una sonrisa indescifrable, salió de la habitación.

—Siga —apremió Newman.

—No voy a entrar en demasiados detalles para no cansarte, pero hace más de un año el Departamento del Tesoro empezó a urgir a Washington sobre la necesidad de que el Servicio Secreto interviniera en una falsificación de moneda que preocupaba a todos los países, pero de manera especial a los Estados Unidos, dado que los fuera de la Ley parecían sentir

una predilección especial por los dólares americanos. La Oficina Federal de Investigación había cosechado fracaso tras, fracaso y la misión se nos encomendó a nosotros.

Braddock hizo una breve pausa, ordenando sus ideas.

—En compañía de Timothy Looy y de otro inspector, Walter Edel, de padres alemanes pero nacido en nuestra patria, nos trasladamos a Europa. Otro agente lo hizo también, Jasper Novak, para intentar infiltrarse en la organización. Para ello le creamos desde Washington unos turbios antecedentes. Novak...

—¿Qué fue de él?

Ronald inclinó la cabeza con pesadumbre.

—Tuvo menos suerte que tú. Cuando nos acercamos a él en el jardín estaba muerto. Un héroe anónimo más de los muchos que sucumben a diario en la lucha contra el crimen.

Esta vez el silencio fue más largo. La voz de Braddock sonó entristecida para animarse de nuevo conforme avanzaba el relato.

—No entraré, te repito, en detalles innecesarios, que te aclararé cuando te repongas por completo. Jasper consiguió ingresar en el *gang* de Giovanni Gronchi. Ese italiano era el jefe de la organización en Francia. Tardó mucho en ganarse su confianza, pero pese a ser considerado uno más entre los *gangsters*, hasta la noche de su muerte no descubrió cuál era el cuartel general. Giovanni era muy cauto. Por otra parte, Walter Edel, al que conocerás dentro de poco, pues he mandado en su busca a Timothy, obtuvo un empleo en el garaje en el que acostumbraba a llevar Giovanni los vehículos de su propiedad para limpieza y engrase, y tres días antes de que se produjera la lucha en la que murió Jasper pudo situar en la parte posterior de los parachoques unos diminutos vibradores.

El comisario del Servicio Secreto tosió levemente.

—Utilizando un automóvil provisto de adecuado equipo técnico, pudimos averiguar cuáles eran los lugares visitados por Giovanni, lo que nos ha permitido, en combinación con la policía francesa, realizar una completa redada. También, en la caja fuerte del despacho de Giovanni, en el sótano en el que te tuvieron prisionero, hallamos las planchas que se utilizaban para las falsificaciones así como, en una agenda y en una clave que se ha podido descifrar, las señas de los corresponsales de los distintos países. Debo advertirte que hemos destrozado por completo la organización criminal y que a ti te lo debemos.

Nueva pausa, más breve que la anterior.

—Cuando sucedió lo del hombre de la maleta negra me preocupé profundamente al saber que me habías reconocido. Teníamos ya los datos para actuar aunque nos faltaba la certeza del emplazamiento del cuartel general, que nos confirmó Jasper Novak por teléfono la noche en que libertó a Susan y a Ivette. No queríamos dejar la iniciativa a las autoridades de Niza. Era preciso que el Servicio Secreto interviniera con

su característica eficacia o crueldad, si quieres que utilice esa palabra. Con seres como Giovanni hay que utilizar sus mismas armas, sin legalismos. Como comprenderás, estábamos dispuestos a saltar todas las barreras jurídicas, de ser necesario; pero como la policía de Niza nos vigilaba decidí forzar a Washington para que solicitase de París carta blanca para nosotros. Comunicué la muerte del hombre de la maleta negra, que fue desperdigando billetes falsos por el andén, y eso terminó de decidir una acción de exterminio contra Giovanni.

Ronald Braddock encendió calmoso un cigarrillo antes de continuar su relato.

—¿Comprendes por qué te amenacé y quise que callaras a cualquier costa? Si denunciabas a la policía de Niza la identidad del asesino, todos mis planes se vendrían abajo y cuando Washington pidiera libertad de acción para nosotros apoyándose en el crimen, le responderían que todo era un truco, que Ronald Braddock había sido identificado como el asesino de la Estación Central.

—¿Por qué cambió, entonces, de opinión y rio se opuso a que comunicara a Giovanni su identidad cuando hablamos en el garaje aconsejándome, incluso, que me dejara prender por él? —inquirió Edward.

—Porque acabábamos de recibir un mensaje desde Washington en el que se nos decía que actuáramos con plena independencia. Horas más tarde teníamos ya la certeza de dónde y cómo intervenir. El comisario jefe de Niza, Albert Colomars, nos ofreció su colaboración dejándonos dirigir la redada. Pensé que era preciso inquietar seriamente a Giovanni, desconcertarle, y para ello nada mejor que hacerle saber la identidad del que asesinó al hombre de la maleta negra.

Con voz débil pero firme, Newman dijo:

—Lo conseguí, comisario. Casi no querían dar crédito a mis palabras. Cuando se convencieron de que les decía la verdad, imaginaron una trampa y se dispusieron a huir.

—Ese era mi propósito. Al saberte mezclado en este asunto, por obra del azar, Edward, decidí utilizarte, recordando tu valor en la guerra. Veo que no me equivoqué.

—Valor que no me valió ni un solo ascenso.

—En efecto, pero no olvides que en tu expediente militar figuraba tu condición de antiguo...

Como Braddock vacilara, Newman completó la frase.

—*Gangster*. No le dé miedo a utilizar esa palabra. Susan conoce mi pasado.

—Al fin pude conseguir que se te concediera la medalla de Servicios Distinguidos. Jasper velaba por tu vida. Tuvo un contacto conmigo y me explicó que en la cabaña de la colina te pegó fuerte para hacerte perder el conocimiento y ganar tiempo. Te ató a la silla deliberadamente mal y con

el pretexto de que los golpes te derribarían, te situó de cara a la ventana, marcándote el camino de la huida. Denunció en el helicóptero las intenciones de Giovanni para estimularte a luchar con todas tus fuerzas temeroso de que te dejases engañar.

—¿Quién apagó la luz del chalet?

—Di orden a la Central, refrendada por el comisario Colomars, para que dejaran un minuto a oscuras el sector. Me lo pidió Jasper Novak cuando habló conmigo por teléfono indicándome que me lanzara al asalto de los dos edificios en los que se alojaban los hombres de Giovanni. Necesitaba las tinieblas para penetrar de nuevo en el cuartel general del *gang*, sin ser advertido. También me dijo que quizá las tinieblas te fueran útiles a ti. Era un gran elemento. ¡Lástima que lo mataran!

Todos, en silencio, pensaron en el hombre valeroso que había sacrificado su vida en defensa de la Ley. Fue Newman el primero que habló para formular una pregunta:

—Dijo dos edificios; señor Braddock. ¿Cuál era el otro?

—El que servía para la distribución de los billetes falsos y en el que se alojaban los miembros del *gang*. Lo asaltó la policía francesa. ¿Alguna duda más?

—Sí —la voz de Newman se tomó ronca—. ¡Yo vi morir a un hombre a sus manos en la Estación Central! Necesito que...

Timothy Looy, que entraba, interrumpió a Edward.

—Ya estoy de vuelta, comisario.

—Bien. Dile que pase.

El asombro de Newman no tuvo límites al ver en la puerta de la habitación a un individuo vestido de negro con una maleta del mismo color.

—¡Es él, comisario! —exclamó—. Entonces...

Una sonrisa iluminó las facciones de Ronald.

—Disparé con balas de fogueo. Nadie lo advirtió. Era grande el barullo en los andenes y Walter Edel procedió como un consumado actor. Por eso no permitimos que se aproximaran al muerto los gendarmes, trasladándolo nosotros mismos en la ambulancia. La sangre es fácil de imitar reventando ampollas de líquidos enrojecidos con colorantes. Interesaba llamar la atención y por eso «la víctima» se vistió de forma tan extraña.

—Comprendo.

—Comunicamos a Washington que los hombres a sueldo de Giovanni Gronchi habían matado a uno de los miembros del Servicio Secreto y ello les movió a intervenir a través del Departamento de Estado.

—Bien se han burlado de mí —comentó Newman, sin aspereza—. Los billetes de diez dólares, ¿eran auténticos?

—Nos los envió el Departamento del Tesoro procedentes de una antigua falsificación. La policía francesa, a ruego nuestro, lanzó una

campana para recuperar el dinero, utilizando Prensa, Radio y Televisión y terminó de cerrar el cerco en torno a Giovanni. Los que le servían de intermediarios se asustaron. En fin, Edward; lamento que las circunstancias te envolvieran en esto y lo celebro. Sin ti es posible que Giovanni hubiese conseguido escapar. Ahora deseo decirte...

—¿Qué, comisario?

Ronald Braddock meditó unos segundos.

—Es delicado, pero tu situación en Niza no es la que corresponde a un hombre como tú. ¡Mozo de estación! No me interrumpas. Sé que en los Estados Unidos no te ofrecieron ninguna oportunidad después de la guerra. ¿Quieres ingresar en el Servicio Secreto y ocupar el puesto que deja libre Jasper Novak? Podrías volver a tu país y rehacer para siempre tu vida.

La propuesta por lo inesperada, dejó perplejo a Edward.

—¿Bromea, Braddock?

—No. Tienes ya una hija y es posible que nazcan nuevos chiquillos de vuestro matrimonio. No puedes vivir en Francia de un sueldo corto, ni ser un don nadie. Si quieres, puedo procurarte en Nueva York un empleo bien remunerado, al margen del Servicio Secreto. Es un justo premio a tu colaboración.

—¿Olvida que perdí la nacionalidad americana?

—La conservas. En tu declaración jurada a las autoridades francesas omitiste el proceso y la condena en Nueva York por tenencia ilícita de armas. Eso invalida el expediente. No es necesario que te decidas ahora. Piénsalo con Susan. Podrás redimir tu pasado luchando por la Ley. Desde luego, tienes que salir de Niza. Aquí no tienes futuro. Antes de que me respondas, mañana o cuando quieras, debes pensar en tu familia y no dejarte arrastrar por el orgullo.

Newman parpadeó con insistencia.

—¡Estoy aturdido!

—Veo que también cansado. Creo como el médico, que necesitas dormir. Aunque tus heridas casi han cicatrizado a lo largo de los veinte días que llevas en la clínica, aún te encuentras débil. El «shock» fue demasiado intenso. Mañana por la tarde vendré a recoger tu respuesta, que espero sea afirmativa. Vámonos, muchachos. No debemos interponernos entre un matrimonio que va a decidir su futuro.

Había una paternal sonrisa en los labios de Ronald Braddock al pronunciar tales palabras.

Una vez solos, los dos esposos se miraron. Ella dijo:

—No me consultes, Edward. Lo que tú decidas será bueno para mí y para la pequeña. Ahora lo único que importa es que estás a salvo.

Se besaron, con infinita ternura, con infinito amor...

FIN



UNA PIEDRA AL CUELLO

por Clark Carrados

Millard retrocedió dos pasos. Track prosiguió su avance. De pronto, levantó su mano derecha, con ánimo de golpear al muchacho con el cañón de la pistola.

La mano del pandillero bajó bruscamente. Entonces, Millard se movió con la rapidez de una serpiente al atacar.

Levantó su mano izquierda, atenazando la muñeca de su adversario con presa indestructible. Luego, antes de que el sorprendido Track tuviese tiempo de enterarse de lo que ocurría, giró velozmente sobre sí mismo, a la vez que metía el hombro.

Track se encontró de repente volando por los aires en dirección a su compinche, contra el cual chocó con inenarrable ímpetu. Los dos rufianes cayeron al suelo, formando un inmenso revoltijo de brazos y piernas, del que salían aullidos y maldiciones sin cuento.

Millard lanzó un grito de aviso:

—¡Jean, apártese!

La muchacha obedeció sin más dilación. Errie se incorporaba en aquel momento, bramando de cólera.

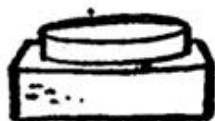
La pistola se le había escapado al caer. Se inclinó para recogerla, ocasión que Millard aprovechó para asestarle un terrible puntapié en la parte más carnosa de su anatomía. La violencia de la patada fue tal, que el hampón atravesó la estancia a la carrera, yendo a estrellarse contra la pared opuesta. El ímpetu del golpe le hizo desmayarse en el acto.

UNA PIEDRA AL CUELLO

*enigmática y violenta novela de CLARK
CARRADOS que aparecerá en nuestro
próximo número*



EL YOGA



Usted quiere ser feliz; pero, ¿qué hace para conseguirlo? Probablemente, nada práctico. Le gustaría dominarse a sí mismo, eliminar sus alteraciones nerviosas, apartar ese cansancio que le deja la jornada de trabajo...

y tantas otras cosas.

MARABUZAS



GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
 un
VETERANO
 sabor

VETERANO es de OSBORNE

BRANDY VETERANO
OSBORNE
CRAMA PURIFICADA EN VINO
 PUERTO DE SANTA MARÍA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. - Importación España: S. A. de B. Bruguera